

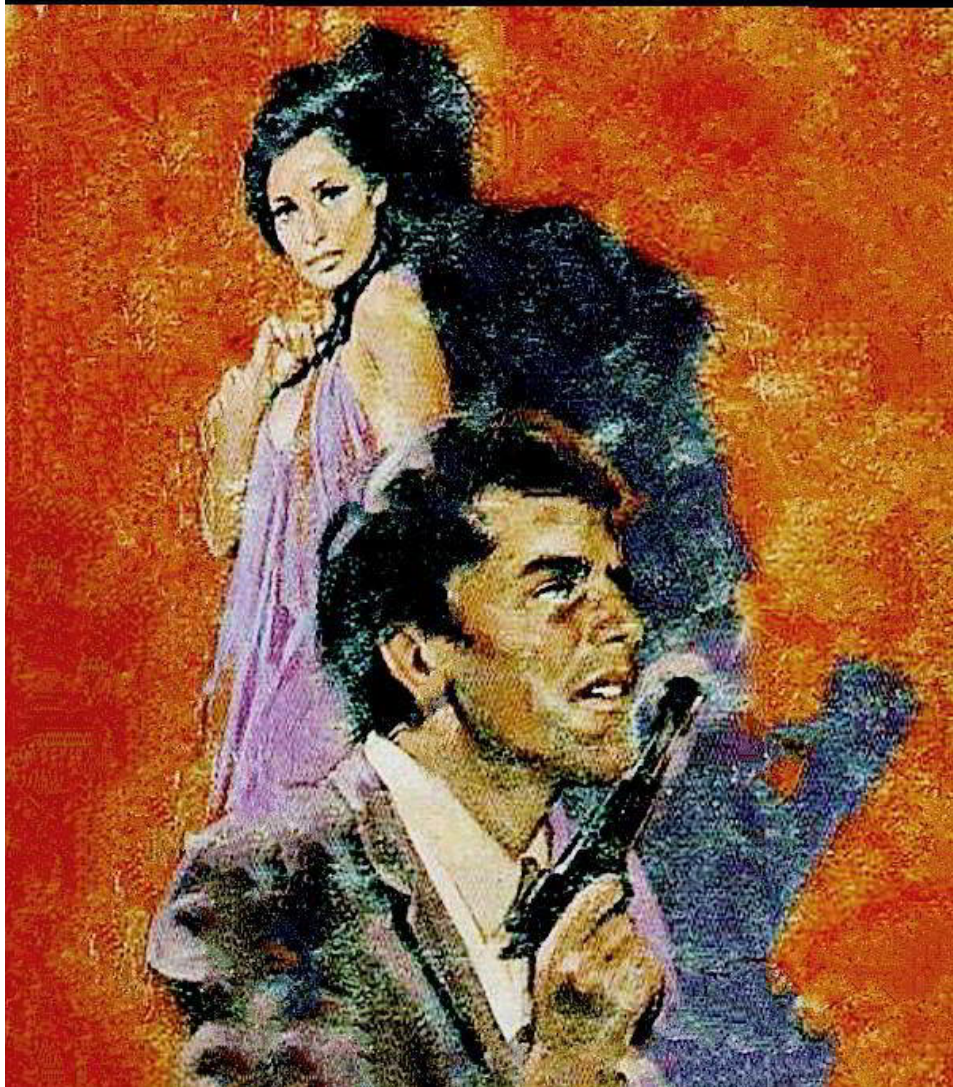
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# VENTANA A LA NOCHE

Curtis Garland



La noche parecía diferente allí, al otro lado del río.

Era como si la niebla se enroscase en esos parajes en torno a seres y árboles, a edificios y objetos, como algo vivo y pegajoso, que quisiera dar más hálito de misterio a lo que ya de por sí resultaba allí oscuro e inquietante.

En sitio así, todo parecía posible. Incluso lo imposible. Muchas personas aprensivas dejaban de transitar por aquella zona, especialmente de noche. Hubiera sido un error pensar que lo hacían simplemente por evitar un mal encuentro con algún delincuente habitual.

Era algo diferente lo que la gente temía allí, al otro lado del río. Algo que no tenía forma ni nombre, pero que ellos intuían que estaba allí, aunque lo cierto es que quizá jamás había existido.



Curtis Garland

# **Ventana a la noche**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1434**

**ePub r1.0**

**Lds 27.11.18**

Título original: *Ventana a la noche*

Curtis Garland, 1978

Cubierta: Alberto Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



# SS

## SERVICIO SECRETO



«Existen más cosas en el Cielo y en la Tierra, Horacio, de las que puede comprender tu filosofía».

W. SHAKESPEARE. *Hamlet*, acto I

## CAPÍTULO PRIMERO

La noche parecía diferente allí, al otro lado del río.

Era como si la niebla se enroscase en esos parajes en torno a seres y árboles, a edificios y objetos, como algo vivo y pegajoso, que quisiera dar más hálito de misterio a lo que ya de por sí resultaba allí oscuro e inquietante.

En sitio así, todo parecía posible. Incluso lo imposible. Muchas personas aprensivas dejaban de transitar por aquella zona, especialmente de noche. Hubiera sido un error pensar que lo hacían simplemente por evitar un mal encuentro con algún delincuente habitual.

Era algo diferente lo que la gente temía allí, al otro lado del río. Algo que no tenía forma ni nombre, pero que ellos intuían que estaba allí, aunque lo cierto es que quizá jamás había existido.

La superstición, el terror a lo desconocido, es mucho más fuerte en la gente que el medio a lo real, a lo tangible. Hay quien se enfrentaría impávido a un enemigo provisto de una navaja o de un arma de fuego, y en cambio huiría despavorido ante una simple sombra incierta junto a las tapias de un cementerio.

Algo así le ocurría a aquel lugar. El cementerio estaba lo bastante lejos como para no ser motivo de inquietud para nadie. Pero el simple hecho de que su camino pasara por allí, o tal vez la oscuridad y la neblina que envolvían aquella orilla del río, hacía diferente todo. Hasta las luces del lado opuesto, llegaban hasta allí debilitadas, tristes, macilentas. No se sabía si por la propia bruma húmeda, o por algo más indefinible, menos concreto.

La feria, en cambio, se situó en aquel lugar por entonces. Y en las fechas más propias para el aquelarre y la superstición.

Era Carnaval en Nueva Orleáns. El *Mar di Gras* iba a celebrarse

como siempre, por todo lo alto. La feria, con sus barracones, sus voces, sus músicas, sus gritos y sus carruseles, era sólo una contribución más al clima de diversión general, entre disfraces, máscaras, bailes procaces y pasiones desatadas en la semana de la carne y del pecado, como la llamaban los mojigatos y los puritanos.

La feria allá, al otro lado del río, donde la bruma era más espesa, donde todo parecía diferente. Y el Carnaval. Y la proximidad del *Mardi Gras*. Y el clima de aquelarre de aquellas fechas.

Y un hombre que huía. Y un crimen.

Todo eso marcó el principio de unos destinos que iban, tal vez, a fluctuar en la frontera fantasmagórica de las sombras de la Vida y la Muerte. En la divisoria intangible entre la luz y la sombra, lo real y lo imposible...

Empezó aquella noche, recién instalada la feria, con sus luminosos barracones y sus exhibiciones ingenuas.

Empezó cuando el hombre jadeante apareció junto a la orilla fangosa del río, apenas una silueta furtiva en la niebla.

Pero en realidad, todo había empezado ya, mucho antes. Ahora, lo único que hacían un puñado de seres era ir los unos al encuentro de los otros, movidos sus hilos por las manos invisibles del Destino. O de la Fatalidad.

Sí, realmente, lo que tenía que suceder, sucedería de todos modos, era inútil la pugna desesperada de algunos de ellos por variar el destino. Pero ¿quién podía estar seguro de nada?

Sobre todo, ¿quién hubiera estado seguro de algo allí, en la bruma, al otro lado del río, frente a la parte antigua de la ciudad, viendo las luces de Nueva Orleans titilar en la noche, como si estuvieran a años luz de distancia de allí?

¿Quién hubiera podido jurar que los hados, el embrujo de lo ignorado, no andaba por medio para jugar con todos ellos siniestramente? Allí donde todo parecía posible, fue donde un hombre desesperado, intentó eludir su destino.

Pero éste estaba ya fijado ante él.

E incluso había alguien capaz de presentirlo, de verlo. De ver las cosas, antes de que realmente ocurriesen. Como si hubiera tenido una ventaba abierta a la noche negra del futuro, del devenir de los hombres y de las cosas...

SAMANTHA CARRADINE

*La mujer vidente más asombrosa del mundo. Solamente ella es capaz de adelantarse a los acontecimientos y ver el futuro.*

*¡Compruébelo por un solo dólar!*

*Exhibiciones limitadas y sensacionales.*

Los carteles de llamativo colorido, las guirnaldas de luces parpadeantes, las frases grandilocuentes de propaganda, y la música descriptiva saliendo por los altavoces del barracón, no se diferenciaban gran cosa de otras muchas atracciones de la feria: la pitonisa, la mujer barbuda, la sala de los espejos mágicos, el túnel del amor, el viaje por el País de la Fantasía, el tobogán del Centro de la Tierra, y todo lo que el ingenio de los exhibidores lograba imaginar para sacar unos dólares a los visitantes ávidos de diversión.

Sin embargo, había más público ante la taquilla de la atracción de Samantha Carradine, que ante ninguna otra. Se anunciaban allí hasta seis exhibiciones, a otras tantas horas fijas, entre seis de la tarde y doce de la noche.

La sesión de las once, penúltima de la noche, parecía que iba a registrar otro lleno como las anteriores. El taquillero tenía expresión satisfecha, mientras recaudaba billetes de a dólar y agotaba el taco de localidades correspondiente.

—¡Apresúrense, señores, o se quedarán sin entrar! —tronó la voz en los altavoces, enfáticamente—. ¡Faltan sólo diez minutos para que la grande, la única y superdotada Samantha Carradine, auténtico fenómeno parapsicológico de nuestro tiempo, se presente de nuevo en el escenario, y las localidades están agotándose por momentos! ¡No se queden sin ver el espectáculo más increíble y fascinante del mundo! ¡Averigüe su propio porvenir o el de sus seres amados... e incluso de los odiados! ¡Penetre en los misterios insondables del futuro, gracias a la vidente más grande de todos los tiempos, Samantha Carradine!

Un golpe musical subrayaba inevitablemente la proclama del locutor de tumo, y seguía luego la música ambiental, mientras

alrededor del barracón pasaba la gente, en busca de diversión en los carruseles o en los toboganes, parándose acá y allá a adquirir caramelo, azúcar hilada y otras golosinas, así como bebidas refrescantes o café, en los tenderetes habilitados al efecto.

El hombre que llegaba del río, se detuvo entre dos barracones, tomando aliento. Miró alrededor suyo, receloso. Al descubrir la presencia de dos agentes uniformados de la policía local, se apresuró a desaparecer rápidamente entre las atracciones de la feria.

Ellos no llegaron a verle. Ni siquiera advirtieron la presencia de nadie que pudiera intentar eludirles. En realidad, sólo prestaban un servicio de patrulla rutinaria. No buscaban a nadie en concreto.

No hubiera tenido la misma fortuna con otros patrulleros que, momentos después, irrumpían en el recinto ferial. Éstos eran ocupantes de un coche policial que, evidentemente, no estaba en aquella parte del río por pura y simple casualidad. No. Éstos sí buscaban algo. O a alguien.

Del vehículo descendieron dos agentes de uniforme. Miraron alrededor, parpadeando ante la deslumbrante cabriola constante de las luces de la feria. Luego, se miraron entre sí, pensativos.

—¿Crees que pudo haber venido por aquí? —preguntó uno.

—No lo sé. Pero valía la pena probar. La última vez que lo vieron andaba por los embarcaderos de la otra orilla. Luego, se les evaporó.

—¿Y qué crees que puede ocurrir en días así? Nada más fácil que disfrazarse de cualquier cosa, mezclarse con las restantes máscaras y pasar desapercibido. Eso es lo que habrá hecho ese tipo, seguro.

—Al diablo con él —bostezó el otro agente—. Es como buscar una aguja en un pajar. La feria está llena. Podría haberse metido en cualquier parte.

—Sí, en cualquiera... —Los ojos de ambos policías siguieron los giros alocados del cercano carrusel. Luego, contemplaron el barracón de un fakir, el de una *troupe* de enanos saltimbanquis y las curvas endiabladas de una montaña rusa—. Meneó la cabeza, con desaliento. —Es la hora de los adultos, Sam. Todo está lleno de gente. Es imposible dar con él en este laberinto.

—Pero ya que estamos aquí, demos una vuelta por la feria —

sugirió el otro—. Podemos alegar que eso forma parte del servicio. Sólo entrar y salir de algunas atracciones. Por ejemplo, aquella de las odaliscas del paraíso, que bailan desnudas... O aquella otra, donde se anuncia a una adivinadora del porvenir...

El compañero asintió. Echaron a andar sin prisas, una mano apoyada en la culata de su revólver reglamentario, y la otra en la larga porra contundente que pendía del lado opuesto de su correa.

—Eso está bien —aceptó—. Echemos una ojeada. Luego, volveremos al centro de la ciudad, por si hay novedades sobre ese asesino...

Se alejaron hacia la caseta donde se anunciaba la exhibición «impresionante y sólo para adultos», de las desnudas odaliscas que embriagaban los sentidos. Ambos ignoraban que, al mismo tiempo, un hombre furtivo, rápido, que miraba medrosamente en torno, y ajeno a su llegada a la feria, se encaminaba ahora a otra caseta cercana: la de Samantha Carradine, la mujer vidente.

—Una entrada —pidió en taquilla el hombre, dejando un dólar arrugado.

—Tiene usted suerte, señor —sonrió el taquillero—. Es la última que quedaba...

Así eran las cosas. Acaso el destino jugó ahí su baza. Por entonces, el último espectador de la atracción no podía saberlo, pero el simple hecho de anticiparse a un hombre gordo, sudoroso y vestido de gris, que pugnara por llegar a tiempo de adquirir su localidad, pudo ser decisivo en la vida de aquella persona que jamás, antes de ahora, tuviera el menor contacto con la mujer llamada Samantha Carradine.

Lo cierto es que el hombre furtivo entró en el barracón, repleto de espectadores. Sólo halló un asiento, en la última fila, junto a un angosto pasillo lateral. Estaba demasiado lejos del escenario, y la visibilidad no era muy buena, debido a algunas de las columnas que soportaban la caseta. Pero eso al espectador parecía tenerle sin cuidado. Lo que le interesaba era estar allí, mezclado con los demás, entre un público heterogéneo y ruidoso, en un recinto hecho de madera y lona, propio de una feria, cuya atmósfera aparecía neblinosa a causa del humo de los cigarrillos.

Una gastada cortina roja, aparecía aún ocultando el escenario, mientras los altavoces reproducían las notas inquietantes y sonoras

de *Así hablaba Zaratrusta*, de la *sound track* de 2001, una *Odisea Espacial*. Todo para ambientar a la gente en un clima de expectación y dramatismo, muy adecuado a la naturaleza del espectáculo.

El hombre que quería pasar desapercibido, miró alrededor con disgusto. Pese a sus ropas arrugadas y húmedas, a su cabello despeinado y a su rostro sombreado por una barba de dos o tres días, se diferenciaba bastante de la gran mayoría acomodada en torno suyo. Era preferible integrarse en aquella masa bullanguera, ordinaria y tosca, lo antes posible.

Sacó un paquete arrugado de cigarrillos, y se puso uno entre los labios, encendiéndolo. Luego, a un muchacho que vendía caramelos y *pop corn*, le pidió una bolsa de estos últimos, comenzando a comer las palomitas de maíz mientras se aflojaba el nudo de su corbata de lana, cara y bien estampada.

Momentos después, la cortina se deslizaba, en medio de un redoble de tambores que al espectador le recordó las viejas películas de Tarzán en cualquier cine de barrio. Hubo aplausos, silbidos y exclamaciones, acogiendo la aparición de la vidente de turno.

La mirada indiferente y preocupada del solitario visitante de la feria se había fijado casi al azar sobre el pequeño tablado ambulante, esperando ver lo de siempre: una vieja y lamentable dama, pretendiendo convencer con viejos trucos baratos a unos espectadores fáciles de manejar.

Un foco de cambiantes colores, cayó sobre la figura femenina que surgía ahora ante unas negras cortinas de raso, que eran todo el decorado de la escena.

Y el espectador, de súbito, sin mediar más razón, se sintió aprehendido en una inesperada tela de araña de fascinación brusca y fantasmagórica.

No era una vieja dama. No era una dama lamentable. Su aparición no resultaba grotesca ni ridícula. Era joven. Muy joven. Y bonita. Muy bonita.

Había algo raro en ella. Especial. Insólito. El lo captó. Lo captaron todos los demás en el acto. Acaso habían entrado a reírse, a pasar un buen rato, burlándose de la artista de feria.

Pero ahora, nadie reía. Nadie se mofaba de Samantha Carradine. Un halo de magnetismo invisible y poderoso parecía haber surgido con ella en el escenario, atrapando irremisiblemente a todos los

situados en el patio de butacas de la caseta ferial.

—Buenas noches, señoras y señores —saludó la vidente—. Sé a lo que han venido. Están en un error. El que quiera burlarse de algo o de alguien, puede pasar por taquilla, devolver su entrada y recuperar su dólar. Aquí no tendría nada que hacer. Ustedes no van a reírse. Van a permanecer atentos. Van a hacer preguntas. Y yo voy a contestarlas. Procuren, sobre todo, no preguntar *cuándo morirán*. Tal vez yo tuviera la respuesta..., y creo que a nadie le gustaría.

Se hizo un silencio raro, impresionante. De pronto, en el recinto de madera y lona, el humo de los cigarrillos pareció mucho más denso y pesado, flotando sobre las cabezas de jóvenes parejas divertidas, de matrimonios maduros con ganas de disfrutar un rato, o de hombres y mujeres que no sabían dónde matar un rato de cansancio.

Había algo en aquella mujer. Algo especial, diferente a todo lo imaginado. No era la habitual artista mediocre o fracasada que refugia su ruina en una barraca de feria. Era algo más. Mucho más.

—¿De verdad puede preguntarse de todo, Samantha? —preguntó una voz aislada, en el patio de butacas.

Ella se volvió lentamente en esa dirección. Su voz sonó grave, profunda, con raras inflexiones que tenían una singular capacidad persuasiva en el auditorio:

—Sí. Todo. Sólo ruego que, por el bien de esas personas, no se me hagan preguntas delicadas o trascendentes. La salud, el hogar, la vida y la muerte, por ejemplo, son temas muy serios para tratarlos aquí. Es preferible limitarse a cuestiones menos profundas, que no puedan producir trauma en las personas. Esto, naturalmente, es sólo un consejo, una simple advertencia. Ahora, ustedes decidan, de acuerdo con su conciencia, con su sensibilidad, con sus propias emociones...

Otra pausa. Caminó ella con paso lento, quizá estudiado, hasta una mesa tapada con un paño negro de brillante seda. Se puso ante ella, erguida, las manos sobre el rostro, como sumida en profunda meditación. Sus ojos, que al espectador solitario le parecieron verdes desde aquella distancia, se entornaron primero, para cerrarse luego totalmente.

«Por supuesto, todo ello debe formar parte de un bien estudiado papel —se dijo a sí mismo, sin dejar de contemplarla—. Es puro

teatro, ficción para un puñado de gentes crédulas, y nada más. Pero esa muchacha tiene algo... Algo especial que no logro definir. Algo inquietante, sin duda...».

El silencio en el teatrillo ferial era profundo, respetuoso, como si la vidente estuviese actuando en el mejor local de Nueva Orleans, ante un público selecto. Todos parecían esperar lo prodigioso, lo increíble, en aquella joven, sorprendentemente joven para lo que todos esperaban, de alta figura esbelta, negro vestido ceñido, salpicado de pedrería oscura, piel blanca y suave, cabellos dorados, color de miel, y ojos profundos, quizá verdes, quizá pardos o grises, la distancia no le permitió al espectador descubrir tal detalle con nitidez, aunque seguía pensando que eran verdes. Intensa, inquietantemente verdes...

De pronto, sufrió un brusco sobresalto. Una puerta de la caseta se había abierto, a su espalda, en el pasillo lateral. Apareció en ella un policía uniformado. El color oscuro de su uniforme rozó la manga del espectador. Éste se estremeció, encogiéndose en la butaca, fumando con más fuerza, quizá para conseguir que el humo que expulsaba su cigarrillo le envolviera más intensamente.

Otro agente siguió al primero, por el otro corredor, andando paulatinamente y mirando inquisitivo a las filas de espectadores. El que pasara junto a él, se detuvo unos pasos más adelante. Pero de pronto se volvió, y, con los ojos taladrantes, recorrió una fila, otra y otra... hasta la última. Aquella mirada aguda se clavó en él.

El espectador sintió un raro frío subiendo por su espina dorsal hasta estallar en la nuca, erizando levemente sus cabellos. El paso inmediato del policía sería dirigirse a él, con gesto de recelo, pedirle su documentación, identificarle... y ello significaba el desastre.

Porque ellos buscaban a alguien para arrestarle por asesinato en primer grado. Y ese alguien era él...

## CAPÍTULO II

Los ojos del policía permanecieron posados en él cosa de unos dos o tres segundos. Los nervios del espectador, durante ese tiempo apenas perceptible para los demás, se pusieron tensos, tirantes como cuerdas de guitarra, pareciendo que la tensión sería tan fuerte que los haría estallar de pronto.

—Usted mismo, señor. Sí, usted. El agente de policía. Creo que su número es el 614. Se llama algo así como Frank... Eso es: Frank Scott. Lleva en su bolsillo interior un folleto de propaganda del *Mardi Gras*, repartido por un conocido restaurante de la ciudad...

El policía que contemplaba al hombre de la última fila de butacas se sobresaltó. Casi dió un respingo. Giró la cabeza, contempló estupefacto a la dama del escenario.

—¿Cómo puede saber...? —balbuceó, mirándose con rapidez el uniforme, donde no era apenas visible el número de su placa en la penumbra del local. Y, ciertamente, en el que no asomaba por parte alguna el citado folleto, aunque por la forma en que se tocó la guerrera, a la altura del pecho, haciendo crujir dentro algún papel, pareció que todo cuanto había dicho Samantha Carradine era absolutamente cierto.

—No tiene importancia, agente —sonrió ella con dulzura, encogiéndose de hombros como si aquello fuese una simple broma—. Venga hacia acá, ¿quiere? Creo que tiene una pregunta que formularme...

—Pues yo... —El agente cambió una mirada perpleja con su compañero de ronda, y por fin, como movido por un impulso superior a él, echó a andar por el pasillo de la platea, en dirección al escenario—. Señorita, es usted fantástica. ¿Cómo lo sabe todo?

—Forma parte de mi trabajo —ella seguía sonriendo con aire

distraído—. Sé que están buscando a un hombre. Un hombre que ha cometido un crimen. Pero no es eso lo que desea preguntarme, ¿no es cierto?

—No, no lo es... —balbuceó el policía, desorientado—. Es algo... personal.

—Adelante, agente. Le escucho. Pregunte lo que quiera.

—Bueno, yo... —Tragó saliva, miró alrededor, a los presentes que le miraban con profunda curiosidad, sintiéndose acaso en ridículo al ser blanco de todas las miradas. Tras una vacilación, aventuró tímidamente—: Señorita... mi... mi esposa está fuera de la ciudad. Visitando a su madre. No sé nada de ella, no he logrado localizarla en modo alguno... y estoy preocupado. ¿Le ocurre algo?

—Un momento. —Samantha cerró sus ojos, pareciendo concentrarse en algo que sólo ella podía ver. El policía esperaba, anhelante. La joven comenzó a desgranar sus palabras con una peculiar entonación, como si estuviera recitando simplemente algo que presenciaba por sí misma—: Veo una habitación... Blanca. Muy blanca. Una cama metálica. Suero gota a gota. Una mujer en la cama... recibe ese suero. Cabellos rubios, no muy claros. Pelo corto, un flequillo...

—¡Es ella, es mi mujer! —jadeó el agente, aturdido.

—Su nombre... no lo veo claro... Sí, ahora sí... Gladys... Gladys...

—¡Gladys, mi esposa! —El asombro y la alarma asomaron a la voz del policía—. ¿Qué le ocurre?

Baton Rouge... Es Baton Rouge...

—¡Sí, allí viven mis suegros! Por el amor de Dios, señorita, ¿qué sucede?

—Seréne. Déjeme ver, concentrarme bien... Su esposa sufrió un accidente. De automóvil. Un coche negro... No, azul. Azul marino. Un «Chevrolet», creo.

—¡El coche de mi suegro!

—Derrapó. Cayó a una zanja de la cuneta. Pero no es grave. Está recuperándose. No le dijeron nada por no alarmarle. Está hospitalizada. Ya está fuera de peligro. Se recupera rápidamente. Sabrá algo de ella mañana... a menos que usted mismo intente esta noche contactar con sus suegros. Ellos están bien. Leves rasguños, solo. Están junto a su esposa...

—¡Dios del cielo, gracias! —gimió el policía, muy pálido—. ¡Gracias, señorita!

—Ve al cuartelillo —le dijo su compañero, impresionado—. Informa de esto. Yo haré el servicio. Llamaré a Mac Coy para que te sustituya. Vamos, ¿a qué esperas? ¡Vete ya!

El agente, aturdido, nervioso, asintió, saliendo con rapidez del teatrillo. Apenas hubo desaparecido, el público rompió su impresionado silencio con una salva de atronadores aplausos para Samantha Carradine. El hombre de la última fila, con más entusiasmo que nadie. La intervención de aquella sorprendente mujer, con dotes de vidente extraordinaria, había sido salvadora para él. Evitó, tal vez, que el agente Scott le interpelase, descubriendo su identidad, y apresándole.

¿Había sido casual esa interrupción de la vidente... o lo hizo *intencionadamente*?

Buscó con sus ojos los de la bella dama. Se estremeció. Ella miraba al público, aparentemente a todo el público. Pero no era así. Le estaba mirando *a él*.

—¿Alguna otra pregunta, señores? —demandó ella.

Una idea demencial cruzó la mente del espectador. ¿Y si él se arriesgaba, si se ponía en pie y preguntaba algo, jugándose el todo por el todo?

Era una locura, pero la tentación resultó demasiado fuerte. Se incorporó. Procuró que el otro agente que aún deambulaba por la sala, pudiera ver bien su rostro. Y levantó la voz, haciendo una brusca pregunta:

—Señorita Carradine, ¿puede responder a alguna pregunta que yo le haga?

Ella se quedó mirándole. Su rostro no reveló emoción alguna. Pero los ojos de la joven brillaron extrañamente, él estuvo seguro de eso.

—No —negó, seca—. Sé lo que va a preguntarme. Es mejor que no lo haga. La respuesta no le gustarla, señor. ¿Alguien más?

Se sentó lentamente. Hubo aplausos tímidos en algunos puntos, aunque también una cierta decepción por el hecho de que ella eludiera una pregunta de tal modo. Para él, ésta fue la más increíble demostración de que lo que pensaban era cierto. Ella *sabía* quién era él. Sabía que le buscaban. Por eso llamó la atención del policía.

Por eso ahora se negaba ásperamente a responderle.

Una dama de pelo canoso se puso en pie. Preguntó por la suerte de un hijo del que nada sabía hacía más de un año, y que se había ido a Europa.

Samantha cerró sus ojos. Su respuesta dejó helada a la gente:

—Lo lamento, señora. No debió preguntármelo, pero creo que tiene derecho a saber. Veo a su hijo. Lo veo claramente. Es Europa, sí. Una gran ciudad marítima. Un suburbio. Un lugar sucio, una sórdida casa, creo que una pensión...

Dios mío... —La congoja asomó a labios de la mujer, que palideció—. Mi hijo... ¿Está enfermo, le sucede algo grave?

—No está enfermo, en el sentido que usted lo dice, señora. Su hijo Paul... Se llama Paul, ¿verdad?

—¡Sí, sí, Paul, mi querido Paul! —Hubo un sollozo ahogado en las palabras patéticas de la señora—. ¡Por el amor de Dios, dígame qué le sucede!

—Siguió un mal camino. Ahora, él no quisiera que usted lo supiese. Por eso su silencio, su falta de noticias. Estuvo encarcelado...

—¡No, no, cielos!

—Estuvo en prisión, salió de ella... Drogas, ¿entiende? Es drogadicto... A veces roba para obtener estupefacientes... Hay muchos como él. Víctimas de desalmados traficantes... Su hijo está malviviendo en esa pensión... Es Marsella. Sí, Marsella...

La mujer estalló en llanto. Abandonó la butaca, la platea. Salió de la barraca ferial. El silencio profundo que siguió a su marcha, se rompió de nuevo con aplausos entusiastas. Ella, con aire de agotamiento, se dejó caer en una silla. Respiraba hondo. Se disculpó al público con tono apagado:

—Lo siento... Ha sido mucho esfuerzo... mucha tensión, señores. Les ruego un corto descanso... hasta recuperarme.

Nuevos aplausos sonaron en su honor. Ella se retiró cansadamente. Salieron a la escena dos *clowns* a contar chistes, con un fondo musical amable. La gente se relajó.

El ocupante de la última butaca vendida se puso en pie. Salió del recinto, eludiendo a los policías que deambulaban por el exterior, entre luces, música, voces y disparos de tiro al blanco.

Rodeó la caseta de la vidente, hasta hallar una pequeña puerta

trasera La empujó, hallándola abierta. Una cortina oscura ocultaba el interior. El la alzó. Entró en el escenario, pequeño y angosto, tras los cortinajes dispuestos para la actuación. Vio dos pequeños camerinos montados con paneles de madera desmontables. Uno tenía los nombres de los *clowns*. El otro, sobre una estrella de papel de plata, anunciaba:

SAMANTHA

### *Prohibidas las visitas*

El no hizo caso. Se aproximó con paso cauteloso. Dudó. Luego, alzó su mano. Golpeó suavemente con los nudillos en la frágil puerta.

—Adelante, señor Mansfield —dijo la voz magnética de la mujer—. Le estaba esperando.

\* \* \*

Dick Mansfield contempló largamente a la mujer joven y atractiva, sentada frente al espejo ovalado de su tocador, que las bombillas mate rodeaban de un anillo de luz. Realmente, su gesto parecía cansado. Los ojos eran realmente verdes. De un verde oscuro, como el de las aguas profundas. Pero el cansancio no podía restar belleza a su rostro ni a su figura.

—¿Cómo lo supo? —preguntó el visitante, tras un largo silencio. ¿Saber... qué?

—Todo. Mi nombre, la presencia de ese policía, su intención de interpelarme... Y lo que yo iba a preguntarle. Ahora, no se sorprende de mi llegada tampoco. Es más, dice que me esperaba.

—Es cierto.

—¿Por qué? ¿Cómo puede saber todas esas cosas?

—Es mi trabajo —sonrió ella forzosamente, sin quitar sus ojos de él—. No le menté a ese policía, ni a esa pobre mujer. Pero las realidades no siempre son gratas. Ya advierto a la gente previamente sobre la naturaleza de sus preguntas. Pero casi todos insisten en saber más de lo debido. Incluso usted. ¿Por qué quería saber el nombre del autor de un crimen?

—Veo que sí sabía mi pregunta... Pero también debería de saber, en tal caso, el motivo de mi pregunta.

—Lo imagino. Usted quiere saber quién cometió el delito por el que es perseguido, ¿no es cierto?

—Por supuesto. ¿Sabe que me persiguen por ese crimen?

—Claro. Me bastó verle allí, para descubrirlo.

—Es usted increíble, señorita Carradine. No parece... humana.

—No soy ningún monstruo. Sencillamente, veo algo más lejos que los demás. Tengo esa facultad. Tampoco es un mérito personal. Nací con ese don. No se puede adquirir. Mucha gente decía que mi padre no era un vidente, sino un gran actor, capaz de leer también en la mente de los demás. Algo así como un telépata, ¿comprende?

—¿Su padre? ¿También era él... vidente?

—El Gran Magnus Una figura en su especialidad. Adivino, telépata, gran histrión... —Ella sonrió, entornados sus ojos evocadoramente, y meneó la cabeza tristemente—. Pobre papá... Tal vez no fuese como parecía, pero me dio algo superior a mí. Y pude ayudarle cuanto pude. Sigo ayudándole hoy.

—Creí que había muerto. ¿Ya no trabaja?

—No puede hacerlo. Está alcoholizado. Nada pudo quitarle ese vicio. Yo le paso lo suficiente para vivir. Pero me temo que gran parte de su pensión la emplea en comprar *whisky* y cerveza...

—De modo que usted sí es realmente lo que dice ser: ve más allá que los demás mortales. Conoce su pasado, su presente... y quizá su futuro, ¿no es cierto?

—El futuro es, a veces, imprevisible. Pero en ocasiones, una logra ver algo, aunque sólo sea una fugaz escena de ese futuro, algo que nos da la clave de lo que podría suceder entonces. Yo sabía esta noche que usted vendría. Lo pude presentir hace horas. No me sorprendió su presencia.

—¿Me conocía?

—¿Físicamente? No. No necesitaba tal cosa para reconocerle. Es algo que está en la mente, no en las retinas.

—Insisto —suspiró Mansfield, perplejo, paseando por el camerino—. Es usted algo fantástico, señorita Carradine.

—Gracias —le miró fijamente—. Pero usted no ha venido solo a elogiarme.

—Lo cierto es que ni siquiera sé a lo que vine. Fue un impulso.

Tenía que hacerlo. Y lo hice.

—Un impulso... —repitió ella, asintiendo—. Sí, a veces son así las cosas. Uno hace algo, sin saber por qué. Es como si sus pasos estuvieran fijados de antemano.

—¿Fatalista?

—No. Creo en el destino, eso es todo. El le trajo a usted aquí esta noche. Porque tenía que traerle. Su butaca fue la última en venderse. En eso puede estar la clave de su futuro.

—Quizá —admitió sordamente Dick Mansfield, frotándose pensativo su enérgico mentón—. Pero ahora, lo cierto es que me persiguen. Me acusan de asesinato.

—Lo sé. El asesinato de su esposa.

Dick se mantuvo silencioso. Parecía meditar esa sencilla respuesta de ella.

—Yo no lo hice —dijo al fin.

—Lo sé también.

—¿Lo sabe? —Alzó la cabeza, mirándola sorprendido—. ¿Lo dice en serio?

—Un asesinato es algo demasiado serio para tomarlo a broma. Sé que usted no fue el autor de la muerte de Sheena Mansfield.

—¿Por qué lo sabe? ¿Es sólo intuición... o algo más?

—Puede que sea intuición. O «algo más», como usted dice. Hay cosas de las que ni yo puedo estar enteramente segura. Son confusas vagas... pero lo importante es que sepa que usted es inocente.

—La policía no es de la misma opinión, desgraciadamente. El capitán Carpenter, de la División de Homicidios de Nueva Orleans, me considera culpable. Ha dado orden de capturarme.

—Sí, eso lo he leído en los periódicos. Usted es un hombre importante aquí. Todos los Mansfield lo son.

—Tuve que alterar mi aspecto. Habitualmente, llevaba barba. Una barbita recortada, cabellos largos, largos, gafas de vista cansada... Ahora uso lentillas, me he afeitado y he dejado más corto mi pelo. Visto también de un modo muy diferente al mío habitual. Pero todo eso no puede engañar indefinidamente a la policía. Esta misma noche de no ser por usted, me hubieran echado el guante de modo definitivo.

—Olvide eso ahora —ella se incorporó, mirando su reloj—. Debo volver a escena. Ya me siento mejor. ¿Qué piensa hacer cuando

salga de aquí?

—No lo sé —confesó bruscamente Mansfield sacudiendo la cabeza—. Hay pocos sitios adonde ir ya. El cerco se estrecha. Las carreteras, el río, el aeropuerto... Todo está vigilado y controlado. No hay escapatoria.

—Ya veremos —ella caminó hacia la salida del camerino—. Ahora, quédese aquí. Cuando termine, me reuniré con usted. Tengo muy cerca mi remolque-vivienda. Siempre viajo en él, de feria en feria... Es lo bastante amplio para dos personas. Puede dormir esta noche en él. Mañana resolveremos lo que se puede hacer.

—Arriesga mucho —dijo Mansfield, sorprendido, sujetándola por un brazo cuando ella iba a salir—. Podría estar usted en un error... y ser yo un asesino, ¿lo ha pensado?

—No —sonrió ella con cierta frialdad—. No puedo pensarlo, porque sé que no puedo equivocarme en ciertas cosas. Hasta luego. No se deje ver por nadie, recuérdelo.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Dick Mansfield, perseguido por asesinato, se quedó solo en el pequeño camerino de la caseta de feria. El único refugio, por el momento, donde permanecer a salvo de la búsqueda policial.

## CAPÍTULO III

Era un triste panorama el de una feria cerrada.

Las casetas oscuras y en silencio, el carrusel dormido, la montaña rusa sin vehículos, risas ni voces, los amplificadores callados, las guirnaldas de luces de colores convertidas en cadenas de apagadas bombillas...

Más allá, la orilla del río, la bruma de la madrugada, las luces de Nueva Orleans y de los barcos de río, salpicando la neblina húmeda y fría. Y una tenue llovizna, menuda y glacial como la nieve, charolando el asfalto y enfangando la tierra.

Mansfield apartó el rostro de la ventanilla del remolque-vivienda, y corrió la opaca cortina, exhalando un suspiro. Se volvió hacia Samantha que, sentada ante una pequeña mesa, acababa de servir dos botellas de cerveza, pollo frío y ensaladilla.

—Deje de escudriñar el exterior —le aconsejó—. Cuanto menos se arriesgue a ser visto, tanto mejor. Hay otros compañeros feriantes que viven por aquí, como yo. Será mejor que ninguno de ellos le vea. ¿No tiene apetito?

—Hace un par de horas, sentía náuseas y cansancio. Ahora, creo que sí voy a comer algo, señorita Carradine. Gracias por servirme. Es muy amable.

—No diga tonterías. Los cumplidos sobran. Mi nombre es Samantha. Eso basta.

—El mío, Dick. Casi nunca me llama nadie por el nombre de Richard.

Se sentó. Ella sonrió, al verle atacar el muslo de pollo frío.

—¿Por qué piensa toda el mundo que mató a su mujer? —preguntó de repente.

Dick Mansfield arrugó el ceño. Se bebió un trago de cerveza y

siguió con el trozo de pollo, acompañado de un poco de ensaladilla.

—Es una larga historia —dijo—. Piensan que la odiaba.

—¿Y no fue así?

—No. También piensan que lo hice por quedarme con su dinero.

—¿Tampoco fue eso?

—Claro que no. Su dinero me tenía sin cuidado.

—Pero usted es rico. Los Mansfield lo son...

—Los Mansfield, sí. Pero siempre hay una oveja negra en la mejor familia. Esa oveja soy yo. Dilapidé toda mi fortuna personal. Viajes, aventuras por el mundo, un yate que se hundió cerca de Jamaica, una avioneta con la que me estrellé en los Andes, unas noches ruinosas en el casino de Montecarlo... Así he sido yo. Así soy yo. Y entonces, conozco a una chica bonita. Y rica, por añadidura. Pero me casé por su belleza solamente. Y porque estaba borracho como una cuba cuando fuimos a una capilla de Francia y nos casamos allí. Pero el matrimonio resultó válido. Sheena Roberts fue Sheena Mansfield. Mi fortuna evaporada, volvió a ser sólida gracias a ella. Sólo que Sheena no me permitió seguir mi vida de aventurero. Cyrus, mi hermano mayor, el cerebro y la autoridad de la familia, se puso de su parte. Me ataron corto. Y tal vez hacían bien. De repente, descubrí la verdad: ni yo había querido jamás a Sheena, ni ella a mí. Era un doble y mutuo capricho. Ella quiso cazarme a mí, y yo a ella. Una perfecta estupidez, después de todo. No podía resultar bien. Y no resultó. Sheena descubrió que yo tenía enredos con otras mujeres. Y yo descubrí que ella tenía un amante. No hubo escenas de celos ni nada de eso. A ambos nos importaba un rábano lo que hiciera el otro.

—¿Entonces...?

—Resolvimos separarnos. Ella iría por su lado y yo por el mío. Sin escándalos, sin indemnizaciones ni nada parecido. Lo malo es que todo eso, lo pactamos ambos a solas.

Sin testigos. Y, de repente, alguien asesinó a Sheena. Fue un crimen brutal, supongo que lo habrá leído. Todo me señaló a mí. Marido que no amaba a su mujer, yo en la ruina, ella cargada de millones... Yo con amiguitas, ella con un amante. En fin, todo encajaba bien en la teoría del asesinato por doble, motivación: celos o venganza... e interés económico. Ahora soy rico de nuevo, gracias a su muerte, ¿lo ve claro? Y no tenía coartada para ese día, para el

momento del crimen. Es más: a ella la degollaron con mi propia navaja automática. Un golpe seco y preciso, de derecha a izquierda, habiéndola sujetado previamente por atrás. Eso indica que quien la mató es zurdo.

—Y usted es zurdo, Dick, ¿no es cierto? —sonrió tristemente Samantha.

—Sí, lo soy —suspiró Mansfield—. Ya ha podido verlo ahora... Todo me acusa. No puedo demostrar que soy inocente, y ellos casi pueden demostrar que soy culpable. Es como sentirse enredado en una telaraña pegajosa. No hay forma de salir de ella.

—¿Dónde estaba usted cuando la mataron?

—Con una mujer. No sé quién. No era de Nueva Orleans siquiera. Una aventura momentánea. Ella se iba al extranjero. Fue un romance rápido. Sólo sé que se llamaba Sue. Era inglesa o canadiense, no recuerdo bien. Había bebido esa noche bastante...

—Usted siempre bebe bastante —casi le acusó Samantha Carradine con cierta sequedad.

—Hago bastantes cosas malas con demasiada frecuencia —admitió él—. Pero de momento, me he prometido a mí mismo no embriagarme más, hasta que pueda demostrar que soy inocente... o hasta que me condenen a muerte por asesinato en primer grado.

—Eso ya es algo, si sabe cumplirlo —suspiró ella—. Si esa tal Sue apareciese...

—Lo veo difícil. Adónde iba, tal vez ni siquiera llegue a saber lo ocurrido. O no se acuerde de mí. Para ella, yo era solamente «un chico llamado Dick», con el que ella se fue a la cama esa noche. Nada más.

—Es usted un hombre terrible. Juerguista, mujeriego, bebedor, despilfarrador, suicida, aventurero... Me gustaría saber cuál es su lado bueno.

—Usted dice que siempre ve más allá que los demás. Intente ver eso, si puede.

—Además, es un cínico.

—*Touché* —rió él burlonamente, inclinando la cabeza y chupando la punta de sus dedos tras dejar limpio el hueso de pollo. Tomó un poco de ensaladilla, apuró la cerveza, y se echó atrás, con cierto alivio—. No le soy simpático, ¿verdad, Samantha?

—Si no me lo fuera, no estaría ahora aquí —replicó la vidente

con frialdad. Sus verdes ojos se fijaron en él obstinadamente. Había algo especial en ellos, un fuego que recordaba el de las esmeraldas al ser extraídas de la tierra, allá en las minas de las verdes piedras preciosas—. Fatalmente, las cosas han de ocurrir como una sabe que ocurrirán. Lo supe desde que presentí su llegada a mi caseta ferial.

—Supo, ¿qué?

—Que esto sucedería. Que no podría evitarlo. Que aunque me parecías un tipo desaprensivo, un bribón libertino y un aventurero, me ibas a atraer, me ibas a gustar.

—¿Qué dices? —se sorprendió Dick Mansfield, mirándola asombrado.

—Lo sabes muy bien —lentamente, ella se puso en pie en medio del remolquevivienda, y comenzó a desabotonar lenta y procazmente los botones de su larga bata de seda. Sus pechos jóvenes, firmes y redondeados, emergieron bajo el tejido. Rematando las copas nacaradas y duras, unos rosados pezones aparecían erectos. Atónito, Dick vio resbalar la prenda sobre los hombros y brazos de la joven vidente, luego sobre sus espaldas, hasta caer a sus pies.

Estaba totalmente desnuda ahora, salvo por el breve *slip*, que también comenzó a descender, con dedos suaves. Mansfield, como hipnotizado, siguió los movimientos de la hermosa muchacha, cuyo cuerpo desnudo se ofrecía ante él, invitador, en una entrega sorprendente e imprevisible.

—Samantha...

—Sí, sabes muy bien que me atraes. Y que no puedo hacer nada por torcer el destino. Seré una aventura más en tu vida, acaso un nombre o un recuerdo en tu mente o en tu agenda. Pero no puedo evitarlo. Te deseo, Dick. Soy tuya... Tengo que ser tuya, porque ése es mi destino. Y quizá el tuyo...

El cuerpo se movió hacia él, con pasos sensuales, vibrantes los pechos, ondulantes las caderas. Las manos de Samantha se deslizaron sobre ellas y sobre la redondez llamativa de sus nalgas.

Dick Mansfield se puso en pie. Lo rodeó con sus brazos. Las manos del hombre acariciaron la piel sedosa y tibia, intensificando las caricias en los puntos más sensibles de la hembra.

Sus bocas se unieron. Sus lenguas, como estiletes, se

encontraron. Los labios húmedos se adherían mutuamente. El contacto se hizo candente.

Después, ese contacto llegó a fundir en uno sólo los cuerpos de ambos jóvenes, mientras la luz del remolque se apagaba, accionada por una mano estremecida de la hermosa muchacha.

\* \* \*

El día era gris, turbio y sucio. La ciudad apenas si se veía, fundida en el grisáceo viscoso de la niebla. La llovizna no había cesado. El lugar inmediato a la feria, donde acampaban los feriantes, era un barrizal triste y molesto.

La música de las bandas, llegaba desde los barrios ribereños de Nueva Orleans, al iniciarse los festejos del Carnaval. El espíritu del *Mardi Gras* era capaz de vencer al clima y a las inclemencias del tiempo invernal. El *Mardi Gras* lo arrasaba todo. Y el Carnaval, después de todo, no era sino las jubilosas vísperas del más jubiloso día de la ciudad del Mississippi.

—Carnaval... —suspiró Dick Mansfield, bajando la cortina, tras una rápida ojeada al desapacible exterior. Se volvió hacia Samantha, encendiendo dos cigarrillos. Puso uno en los labios de ella. Samantha le miró, sonriendo vagamente, desde su postura tendida, sobre el lecho de su vivienda rodante—. Hay quien dice que estos días tienen algo de extraño, de inquietante. Es como si cada máscara, cada disfraz, en vez de ocultar nuestra personalidad, la liberase de inhibiciones e hipocresías, mostrándonos al desnudo, tal como somos. Una especie de macabra burla del diablo; dedicada a todos nosotros.

—Todos somos máscaras durante el resto del año —asintió ella—. En estos días, nos ponemos una, para quitarnos la otra, la de siempre. Así es el Carnaval, y así somos las personas, Dick...

Se miraron los dos. El se sentó en el borde de la cama, Puso una mano sobre el hombro desnudo de ella. La deslizó hasta uno de sus senos. Samantha se estremeció.

—Ya tienes otro nombre, otra aventura —dijo lentamente—. ¿Has sido feliz, Dick?

—No hables así. Eres más cínica que yo.

—Y tal vez más sincera. No me digas ahora bonitas mentiras.

Deja la máscara, recuerda que estamos en Carnaval.

—No me gusta mentir, aunque no lo creas —suspiró Mansfield—. No te diré nada. Yo mismo no estoy aún seguro de nada. Ha sido todo tan imprevisible...

—No para mí. Ya te dije que lo supe siempre...

—¿Qué supiste? ¿Que esto iba a suceder?

—Y más. Supe que me enamoraría de ti. Es algo estúpido, pero ha ocurrido. Te amo, Dick. No me preguntes por qué. No te conozco. No sé nada de ti. Pero siento amor hacia ti. Pasión, deseo, cariño, todo... Lo que no puedo saber es lo que sientes tú. No encuentro respuesta. No puedo verlo todo, Dick.

—Entiendo —él se puso en pie de nuevo. Paseó por el remolque, se vistió lentamente, tocó su rostro, ya sombreado por la barba—. Samantha, tengo que irme de aquí. No puedo mezclarte en mis problemas. Encubrir a un presunto asesino, se castiga con la prisión.

—Lo sé. Necesitas demostrar tu inocencia.

—Sí, pero ¿cómo?

—Supongo que sólo tienes un camino.

—¿Cuál?

—Encontrar al verdadero asesino.

Así de sencillo. Samantha no dijo más. Dick Mansfield la contempló, con un gesto de asombro en su rostro varonil y anguloso.

—Cielos, ¿y cómo podría hacerlo? —protestó—. Yo no soy un policía.

—Eso puede facilitar las cosas. Lo peor es que te persiguen, y tendrás que correr riesgos, pero... piensa en quién pudo tener un motivo, una razón para matar a tu mujer. Tal vez su amante, tal vez otra persona que la odiaba... Tú tienes que conocer a las personas que habitualmente la rodeaban...

—Sí, las conozco muy bien: mi familia, sus amigos, su amante... Pero acercarme a ellos, sería entregarme atado de pies y manos. Mi hermano Cyrus, sería el primero en avisar a la policía apenas le consultase. El considera que debo entregarme. Huir no resuelve nada, a juicio suyo. Además, es muy severo con las faltas ajenas.

—Mientras estés libre, tendrás una ocasión, por pequeña que sea, de hallar al culpable —señaló ella, incorporándose, medio envuelta en una sábana, pero con sus hermosos pechos libres,

temblando deliciosamente—. Si pudiese ayudarte...

—Sólo si pudieras «ver» al auténtico asesino, Samantha, me ayudarías de alguna forma, aunque eso distara mucho de ser una prueba para la policía.

—Lo he intentado ya, Dick —confesó ella amargamente.

—¿Eh? ¿Tú has intentado ver lo que ocurrió esa noche? —se sorprendió Dick.

—Sí. Mientras tú dormías, en la oscuridad, pensé, me concentré... Pude ver algo. Muy poco. Una mujer rubia, una navaja automática con unas iniciales en el mango, R. M...

—¡Richard Mansfield! —asintió él—. ¡Sí, sí, es correcto! ¡Yo mismo grabé esas letras en la navaja! ¡Samantha, por Dios, trata de «ver» algo más...!

—Imposible —suspiró ella, moviendo negativamente la cabeza—. Lo intenté una y otra vez, sin descanso. Algo... algo se interponía, velaba el rostro, la figura del asesino... Era como una sombra medio disuelta, moviéndose por una habitación, un dormitorio de paredes color naranja suave...

—El dormitorio de Sheena... —Fascinado, Dirk miró a la joven vidente—. ¿Y... nada más?

—Nada más —ella cerró los ojos, con un gemido—. Se borra todo. Salta la sangre del cuello de ella, oigo un grito terrible, cortado en seco... Y el agresor... es sólo eso, una sombra sin forma, sin rostro... Ahí acaba todo.

—Cielos... —Mansfield se dejó caer en una silla—. Por tan poco, Samantha.

—Ya te dije que no todo puede ser visto. Hay zonas oscuras adonde no llega mi visión mental. Es como la noche, en la que nada está claro. No hay luz suficiente. Lo siento, Dick...

—No digas eso. Has hecho demasiado por mí —la miró, ensimismado—. No quisiera dejarte ahora, pero debo hacerlo, Samantha. Antes de que sea demasiado tarde...

—Está bien —suspiró ella—. Si crees que debes hacerlo, hazlo. Pero tal vez sería mejor esperar todo el día de hoy. Y esta noche, cuando oscurezca...

—No. Es pronto aún. Y la niebla me ayudará. Debo hallar un refugio donde no comprometa a nadie. Y seguir, quizá, tus indicaciones. Tienes razón en algo: sólo si se halla al verdadero

culpable, quedaría libre de sospechas. La policía no puede hallarlo, porque para ellos ya uno bien claro: yo. Pero yo soy inocente; por tanto, soy el único que puede buscarlo, sea como sea...

Se miraron. Dick besó a la joven en la boca. Sus cuerpos vibraron de nuevo, como si fuesen a fundirse nuevamente en un embate pasional. Pero Dick dominó sus emociones.

Se apartó de ella. Tomó su sucia chaqueta.

Y se puso unos lentes de sol que sacó del bolsillo de la misma.

—Adiós, Samantha.

—Adiós, Dick... si es que te vas de mi vida —susurró ella—. Pero creo que no. No puede ser tan fácil romper el destino...

El no dijo nada. Se encaminó a la puerta del remolque-vivienda. Abrió, para salir al exterior, lluvioso y frío.

Las sombras, macizas y firmes, se materializaron ante el remolque, emergiendo de la niebla, como fantasmas. —En nombre de la ley, Richard Mansfield, dese preso avisó una voz dura y fría—. Si intenta algo, tiraremos matar, no lo dude.

Las armas reglamentarias, en manos de los policías situados afuera, reforzaban de modo contundente esa aseveración.

## CAPÍTULO IV

El capitán Selwyn Carpenter, de la División de Homicidios de la ciudad de Nueva Orleans, era un hombre duro e imperturbable. Pertenecía a esa clase de policías que consideran que un sospechoso es una especie humana tan digna de desprecio como el culpable confeso y convicto. Para él, la mayor parte de las veces, no existía auténtica diferencia entre una cosa y otra.

Su forma de contemplar ahora al detenido, era elocuente. Tampoco revelaba demasiado simpatía hacia la mujer, arrestada también junto al fugitivo.

—¿Sabe lo que significa encubrir y dar refugio a un evadido de la ley, señorita? —Fue su agria pregunta, en tanto Dick Mansfield sentía el chasquido desagradable de las esposas, cerrándose en torno a sus muñecas.

—Lo supongo —replicó, serena, la joven vidente—. Y no me arrepiento de ello, capitán.

—Es usted una inconsciente o una necia —se mostró agrio el oficial de policía.

—Tal vez. Pero yo no refugié a un criminal, sino a un hombre inocente.

—¿El se lo dijo? —rió el capitán entre dientes—. Todos lo hacen, no sea ingenua.

—No necesitaba que él me lo dijera. Yo lo sé.

—Oh, claro. Olvidaba que es usted vidente —había sarcasmo en el tono del capitán Carpenter.

—Exacto, señor. Soy vidente. Sé que él no mató a su esposa, diga usted lo que diga.

—Muy bien. Exponga eso mismo ante el juez, cuando se vea la causa. Tal vez logre impresionarles y les convenza. Pero no a mí.

—¿Va a arrestarme con él?

—Está arrestada de hecho. Posiblemente un abogado pueda sacarla con fianza, pero deberá responder a esos cargos cuando llegue el día. Y solamente estará libre condicionalmente. Pero por el momento, sí. Está arrestada. La acuso de encubrimiento.

—No debiste hacerlo, Samantha —suspiró Dick con gesto sombrío—. Ni debiste creer en mis palabras de inocencia. Ante la ley, eso no sirve de mucho.

—Sigo creyendo en ti, eso es lo que cuenta, Dick —sostuvo ella con animosa sonrisa—. No voy a dejarme convencer por la policía.

—El está tratando de salvarla del lío, ¿no se da cuenta? —refunfuñó Carpenter—. Si convence al juez de que le acogió en su hogar pensando que era inocente, saldrá mucho mejor librada de todo esto.

—No me importa lo que me ocurra a mí, sino a él.

—Vaya, ¿tan fuerte le ha dado, señorita? —sonrió el policía, irónico.

—Eso no es cuenta suya, capitán —le cortó fríamente ella.

—Está bien. Vamos allá. Suban al coche. Cuanto antes terminemos con esto, tanto mejor. El señor Mansfield me ha hecho perder ya demasiado tiempo. Su propia familia estaba deseando que le echáramos el guante, amigo.

—Yo no me fiaría de unos familiares que, si a él le ocurre algo, heredarían la fortuna que pertenece ahora a Dick Mansfield, capitán —avisó Samantha, cuando era obligada a subir al automóvil.

—De momento, es él quien se ha beneficiado de esa herencia, señorita —objetó el policía con acritud—. Lo que luego ocurra, nadie sabe lo que pueda ser. Además, son una familia respetable. El es la única oveja negra en el rebaño.

—Lo sé. El mismo me lo confesó así.

—Entonces, no trate de ser también su abogado defensor. Su familia ya le ha buscado el mejor de toda Louisiana y, quizá, de todo el Este del país.

—¿De veras? —Enarcó las cejas Dick Mansfield, irónico—. ¿Quién, capitán?

—Nicholas Thorndyke. Alardea de que, de cincuenta casos difíciles, logró la absolución de su cliente en cuarenta y nueve, a juzgar por lo que le oí decir.

—Thorndyke —repitió Mansfield, pensativo—. Es el abogado familiar.

—Y el más caro del país, posiblemente —refunfuñó Carpenter—. De modo que no tiene por qué quejarse, Mansfield. Son capaces incluso de sacarle de ésta limpio de culpas y lleno de millones.

—Estoy limpio de culpas. Y no me importan los millones —suspiró Dick—. Pero supongo que eso, en un tipo como yo, y con la acusación que pesa sobre mí, no tendrá demasiado crédito...

—Usted lo ha dicho.

El coche oficial se puso en marcha. Ambos jóvenes, situados con un policía, atrás. Delante, el capitán y otros dos agentes de Homicidios. Detrás de ellos iba un coche-patrulla, en previsión de incidentes.

Mansfield y ella se miraron. Hubo un momento de silencio. Luego, ella habló:

—Debí pensar que alguien te vería entrar en mi remolque, Dick. La gente de las ferias no es buena. Acostumbran a ser envidiosas y crueles. No tardaron en denunciar la presencia de un extraño sospechoso en mi vivienda...

No hablaron más. Los coches rodaron bordeando el río, para cruzar luego el puente, hacia el centro de la ciudad.

\* \* \*

Nicholas Thorndyke no estaba solo en el departamento de policía, cuando llegaron los detenidos.

Mansfield vio junto a la alta y elegante figura del abogado, embutido en su abrigo azul marino de impecable corte, a varios miembros de su familia. Estaban allí su tío Warren, su hermano Cyrus y la prometida de éste, Rhonda Bishop, tan rubia y espectacular como siempre, pese a que su vestido de color gris no realzaba tanto como otros más audaces, las curvas agresivas de su cuerpo juvenil y exultante de vitalidad.

—Vaya, ¿vinisteis al zoo a ver a la fiera? —comentó con sarcasmo Dick, apenas les vio en la sala adonde le conducía el capitán Carpenter, antes de trasladarle a las celdas del edificio.

Warren Mansfield meneó la cabeza con disgusto, y le miró haciendo un gesto de claro reproche.

—Vamos, vamos, Dick. ¿Ya estás con tus comentarios fuera de lugar? Hemos venido a ocuparnos de ti, y encima te mofas de nosotros. Eso no es justo, muchacho.

—Tío Warren, la familia nunca se preocupó demasiado de mí, con la excepción de mi hermano Cyrus. ¿A qué viene ahora tanto interés? ¿Es por el dinero de mi difunta esposa que me pertenece ya legalmente?

—Un momento, Richard —le atajó fríamente el severo abogado Thorndyke, dando un paso hacia él—. No hay nada legal todavía en eso. Si el tribunal te declara culpable de asesinato en la persona de tu esposa, ese dinero jamás pasará a ser tuyo. La ley deshereda automáticamente a un convicto de asesinato que se beneficie de su delito.

—Vaya, creí que venía como abogado mío, Thorndyke, no como fiscal y casi verdugo —rió entre dientes Dick, logrando incluso arrancar una leve sonrisa a Samantha Carradine.

—Sabe que estoy aquí como abogado suyo, Richard, y que tendrán que pasar por encima de mi cadáver para condenarle a usted lo más mínimo —se irritó el abogado, con acento ofendido, irguiéndose severamente.

—Eso suena muy bien —opinó suavemente Dick, encogiéndose de hombros—. No se olvide de ponerlo en mi epitafio cuando me hayan ejecutado...

Rhonda Bishop se adelantó unos pasos en ese momento, como si fuese a tomar a Dick por las manos. Un agente se interpuso, evitando todo contacto físico entre ambos, y ella se paró en seco, observada atentamente por Samantha, mientras decía con tono dolorido:

—Dick, tu tío y tu abogado tienen razón. Quieren ayudarte, pero parece ser algo muy difícil cuando se trata de una persona como tú. ¿Por qué no cooperas un poco? Aún no te ha condenado nadie. Ni lo harán, con esas solas evidencias, estoy segura.

—Gracias, Rhonda —suspirió Dick risueño—. Eres un encanto. La única persona que dice aquí cosas agradables. Claro que como mi hermano Cyrus aún no ha hablado...

—Dick, hermano, sabes que soy hombre de pocas palabras —el tono grave y profundo de la pastosa voz de Cyrus Mansfield, impresionó singularmente a Samantha. La joven vidente clavó los

ojos en el hombre todavía joven, pero evidentemente mayor que Dick, y con el cabello prematuramente canoso, que se movía hacia Dick, aunque también frenado por el gesto de un policía—. No quiero hablar esta vez demasiado, porque no tendría objeto. Yo sé cómo eres y te comprendo. Por eso no te reprocho nada. Lo único que espero es que, como dice Rhonda, cooperes en la tarea de sacarte de este feo asunto. Personalmente, sé que eres inocente. No puede ser de otro modo. Yo no necesito evidencias para creer en ti. Un hermano mío jamás será un asesino.

—Sé qué piensas así, Cyrus —dijo el acusado con una nota de ternura en su voz, acaso por vez primera desde que dialogaba con su familia—. Te agradezco tu fe en mí. Yo siempre he sabido que no hace falta tener ojos para ver mejor que los demás, y con mucha mayor limpieza...

El comentario de Dick Mansfield, unido a la extraña expresión que ya Samantha había captado en las pupilas grises y desvaídas de Cyrus, le dió a ella la clave de la realidad: Cyrus Mansfield era ciego.

\* \* \*

—Ciego...

—Sí, Samantha. No me acordé de decírtelo. Cyrus perdió la vista en un accidente, hace ya años. Varias veces intentó recuperarla con varias intervenciones quirúrgicas, aquí y en el extranjero, pero jamás lo logró. Ya no ha insistido más. Se ha perdido toda esperanza.

—Te confieso que había sospechado de él en primer lugar, por ser el mayor de la familia, con excepción de tu tío Warren, naturalmente. Si tú desaparecías, él heredaría los millones de tu esposa, directamente.

—Cyrus no necesita esos millones. Es el más rico de todos. Posee industrias, negocios, una fortuna muy grande. Y va a casarse con esa preciosa chica, Rhonda Bishop. Es ciego, pero se siente feliz y espera serlo más aún.

—Aun así, me hubiera resultado sospechoso. Pero al ser ciego, todo eso se derrumba.

Tendré que fijarme en otro de tu familia.

—¿Crees que uno de ellos pudo matar a Sheena?

—¿Quién, si no?

—Tal vez su amante.

—¿Sabes quién es él?

—Claro. No les cogí nunca in fraganti, pero puedo sospecharlo fácilmente.

—Bien. ¿Quién es?

—Un guapo granuja. Es periodista y escritor. Practica deportes y ronda a mujeres guapas y ricas, con bastante éxito. Se llama Robin Kerr.

—¿Es capaz de matar a una mujer por celos?

—Por celos, no creo. No quiere a nadie. Es un vividor.

—¿Por dinero?

—Pudiera ser, sí.

—Pero muerta Sheena, muere su gallina de los huevos de oro, Dick.

—Es cierto. Sin embargo, tal vez ella le dio algún dinero, él lo malgastó... o le robó fondos, no sé Y al verse amenazado, optó por deshacerse de ella.

—Es plausible, sí. Pero yo sigo pensando en tu familia, Dick.

—¿En tío Warren, quizá?

—¿No hay nadie más?

—Oh, sí. Está mi prima Carrie. Y mi primo Scott... No nos llevamos muy bien. El no niega que me detesta y me envidia. Finalmente, está Stuart Munro, secretario y administrador de la familia, que simpatiza bastante con Carrie y puede ser un día nuestro pariente... si esa simpatía llega más lejos. Como ves, hay un buen puñado de posibilidades y...

—Ya basta —cortó el agente de policía que vigilaba la conversación, en pie al fondo de la salita enrejada donde tenía lugar la conversación de ambos jóvenes—. Terminó el tiempo que les concedió el capitán para que hablaran ustedes dos, antes de ser encerrados en celdas diferentes. Vamos ya, sígame, Mansfield. Usted, señorita, siga a la agente femenina, por favor.

Dick y ella se miraron largamente. Luego, se separaron en silencio. Se fueron por diferentes corredores, hacia sus celdas respectivas.

Fuera, en la oficina del capitán Carpenter éste se entrevistaba

con el abogado Thorndyke y el invidente Cyrus Mansfield.

—No, señor Thorndyke, lo siento —manifestó secamente el policía, moviendo negativamente su cabeza—. No puedo autorizar la libertad condicional de la joven. Tendrá que esperar a qué el juez decida. Usted sabe que encubrir a un criminal, es delito grave. No hay arreglo, lo siento.

—Muy bien —suspiró Thorndyke, cambiando una mirada con Rhonda Bishop, que esperaba al abogado y a su prometido Cyrus, a la puerta del despacho—. Creo que es todo lo que teníamos que hacer aquí, capitán. Presentaré mi recurso de forma legal, para que el acusado sea puesto en libertad condicional, así como su amiga, la señorita Carradine.

—En lo que respecta a ella, seguro que la oficina del fiscal recomendará al juez su libertad bajo fianza. Pero en los casos de asesinato, no hay fianza, usted lo sabe muy bien.

—Pienso alegar que no es asesinato, sino simples sospechas de homicidio con atenuantes pasionales. Todo el mundo en Nueva Orleáns sabe que su esposa tenía un amante, capitán. Usted no puede ignorarlo. Los Mansfield son una familia muy conocida y respetada.

—Y muy decadente —suspiró Cyrus, dejando vagar por el aire sus vacuos ojos grises, sin luz ni brillo—. No olvide eso, Thorndyke. La prensa arremete contra nosotros sin piedad. Y no se olvidan del término «decadencia»...

—Según veo, usted se ocupará también de la defensa de la joven, ¿no, señor Thorndyke? —indagó el capitán Carpenter curiosamente.

—En efecto. Richard Mansfield así nos lo ha pedido —asintió el abogado.

—Y lo que pide un Mansfield, es sagrado para los demás miembros de la familia, por decadente que ello parezca, capitán —añadió con ironía Cyrus.

El policía no dijo nada, y sus visitantes salieron de allí. Rhonda se colgó del brazo de Cyrus, preguntando anhelante:

—¿Crees que hay alguna esperanza de que Dick no se pudra en una celda, hasta el día de la vista de su causa querido?

—No lo sé, querida Rhonda —murmuró Cyrus, pensativo, dejándose guiar por ella hacia la salida del Departamento, donde les

esperaba un suntuoso modelo de «Cadillac» oscuro, con chófer uniformado de gris—. Thorndyke tiene la palabra.

—No, amigos míos —resopló el notable abogado, moviendo con pesimismo la cabeza—. La última palabra, la tiene el juez. Y me temo que no sea nada fácil ver libre, ni siquiera bajo palabra, a Richard Mansfield. No les oculto que el caso es difícil. Muy difícil. Las pruebas señalan a mi defendido con demasiada fuerza. Es un caso casi perfecto para el fiscal. Y él lo sabe. Sólo un milagro podría cambiar las cosas en su actual cariz, para serles sincero...

—Pero usted nunca creyó en milagros, Thorndyke —le indicó Cyrus, preocupado.

—Cierto, señor Mansfield, cierto. ¿Y usted?

—Tampoco —confesó amargamente el ciego.

Momentos después, el lujoso «Cadillac» se alejaba hacia las afueras de Nueva Orleáns, hacia la mansión señorial de los Mansfield, situada cerca del curso del río Mississippi, cerca del camino hacia el lago Pontchartrain.

## CAPÍTULO V

El corredor era largo, silencioso, rectangular en sus pórticos, estirado y frío como un dibujo surrealista que estuviera a punto de deformarse en una pesadilla.

Había puertas, muchas puertas. Puertas a ambos lados. Puertas de un color marfil suave, con rebordes dorados. El corredor tenía columnas y estatuas blancas. Y alfombras rojo oscuras, como el vino de Burdeos.

Una de esas puertas se entreabría lenta, muy lentamente.

La silueta era apenas una sombra en el corredor sumido en sombras. Una sombra más entre todas éstas. Pero una sombra dotada de vida, de movimiento propio, no simple acción por el reflejo o el traslado de una luz cualquiera.

Era una sombra humana. Un cuerpo, una figura en movimiento. Pero tan cautelosa, tan silenciosa y furtiva como si no fuese más que una zona de oscuridad desplazándose en el señorial corredor de las puertas doradas y marfileñas y las columnas majestuosas.

Había luz tras la puerta entreabierta. Luz dorada, suave, tamizada. Luz que se estiraba sobre el tono verde hierba de la alfombra interior.

La sombra humana se filtró en el interior de la estancia. Así, sin roces, sin un ruido por leve que fuese. Como un espectro.

En la habitación iluminada había solamente una persona. Y daba su espalda a la puerta entreabierta por donde había penetrado aquella silueta huidiza.

Estaba inclinada la persona que ocupaba aquella estancia sobre una mesa. Encima de la mesa, papeles. Diversos papeles. Facturas, recibos, escritos, cartas, de todo. Un amasijo de documentos diversos, junto a una cartera abierta. Una negra cartera de mano, de

piel de becerro, con iniciales doradas incrustadas en la piel.

Iniciales que el destello vivaz de la luz que derramaba una lámpara sobre esa mesa, no destacaban lo suficiente. Sólo eran un fulgor dorado y nada más.

Las manos de la persona trabajaban activamente. Pluma, papel, escritura rápida. La luz se quebraba en los cristales de unos lentes para vista cansada, con montura metálica, y trazaba raros reverberos en los papeles escritos.

Era un hombre quien trabajaba. Un hombre joven aún, quizá no mayor de los treinta y siete a treinta y ocho años, bien parecido y vigoroso.

Estaba refunfuñando algo entre dientes. Su aspecto era excitado. Actuaba de modo febril. Era como si hubiera descubierto algo. Algo que le sorprendía y contrariaba notablemente.

Las pisadas, a su espalda, sobre la alfombra verde oscura, apenas si eran unos leves roces inaudibles. El intruso se aproximó más y más a la mesa. A espaldas siempre del hombre que trabajaba con tal tensión.

De repente, se detuvo. Sus manos maniobraron con rapidez. Extrajeron algo de entre sus ropas. Era un objeto alargado, metálico, fulgurante. La luz se derramó sobre él en un quiebro de color azul intenso y frío. El reflejo no pudo escapar a la percepción del que escribía.

—¿Qué diablos...? —Se volvió, desorientado, llegando a ver las manos enguantadas y el largo, tremendo cuchillo de cocina que una mano zurda dirigía hacia su garganta.

Emitió un chillido que quiso ser agudo, alzando sus manos, con una expresión mezcla de horror e incredulidad, pero no sirvió de nada su instinto de protección. La larga, afilada hoja de acero, le alcanzó el cuello. Se lo rebanó con un chirrido espeluznante, de oreja a oreja, en un tajo perfectamente dirigido.

Ni siquiera había llegado a levantarse del todo. El corte era tan profundo, que media garganta quedó abierta, y la cabeza osciló, desequilibrada, sobre un río de sangre tumultuosa. El grito había llegado a ser simplemente un ronquido atroz, que concluyó en un estertor violento. Su cuerpo osciló en la silla, ésta vaciló, como si fuese a desplomarse con su ocupante hacia la alfombra. Pero el peso de su postura le venció, y se fue de bruces contra la mesa, por la

que la sangre se extendió como un lago carmesí, empapando papeles, objetos y cartera, y deslizándose luego a la alfombra, en espesas gotas.

\* \* \*

Despertó en la litera de la celda, con un grito ronco.

Se irguió, sentándose en el lecho. Su corazón palpitaba con fuerza. Sus manos temblaban. La transpiración humedecía su piel. Tenía los ojos dilatados.

—Dios mío, no... —jadeó—. Era sólo un sueño. Una pesadilla...

Cerró los ojos. Trató de apartar la imagen de su mente. No lo logró.

El corredor, las puertas color marfil y oro, la alfombra verde, el despacho, el hombre de los lentes metálicos, la sombra, el cuchillo, el degüello, la sangre...

Respiró agitada. Se crisparon sus manos en las ropas burdas de la celda.

No. No era un sueño. No fue una pesadilla. Fue algo más. Una «visión». Ella había estado, de algún modo, en aquel lugar. Había «visto» lo que solamente pudieron ver dos personas: el asesino y su víctima. Y ésta ya no existía...

—¡Tengo que informarlo! —susurró, saltando del lecho. Se aproximó a los barrotes de la puerta. Llamó, con voz potente—: ¡Aquí, enseguida, por favor! ¡Vengan, vengan, enseguida, es muy urgente!

Hubo ruido al fondo del pasillo. Un agente uniformado se aproximó, de mala gana, con gesto somnoliento. La miró, ceñudo.

—¿Qué le ocurre ahora? —refunfuñó—. ¿Quiere escandalizar acaso?

—¡No, agente, sólo quiero que le informe al capitán Carpenter lo antes posible, aunque ya sea demasiado tarde quizá, y todo haya sucedido!

—¿Sucedido el qué? ¿Pretende que a estas horas de la noche despierte yo al capitán Carpenter con una historia que a usted se le ha ocurrido?

—Oh, agente, escúcheme. Tiene que avisarle. Es muy importante...

—El vendrá mañana a primera hora —bostezó el agente—. ¿Por qué no duerme hasta entonces, por favor?

Samantha sabía que no iba a ablandar fácilmente al policía. Se le ocurrió entonces una estratagema, aunque era demasiado arriesgada. Su tono se hizo confidencial.

—Está bien. Le diré la verdad. No puedo dormir. Siento arrepentimiento.

—¿Arrepentimiento? ¿De qué?

—Quiero confesar. Confesarlo todo. Mi complicidad con el preso, con Mansfield. Todo. Así me liberaré, podré descansar tranquila. Por favor, llame al capitán. Quiero decirle todo, hasta la última palabra.

—Cielos... —El policía se quedó mirándola con asombro—. Si es eso... Espere. Llamaré al capitán para que venga con el ayudante del fiscal. Estarán aquí antes de una hora, seguro.

—¡Intente que sea antes, por el amor de Dios! —gimió Samantha, excitada—. Quiero descansar feliz...

El policía, perplejo, se alejó a la carrera, para dar a su jefe aquella información que, forzosamente, tendría que llenarle de alegría.

\* \* \*

—Bien. Ya estamos aquí todos. Confiese, señorita Carradine.

Ella miró al capitán, al ayudante del fiscal y al estenógrafo, reunidos en una sala crudamente iluminada, donde la habían conducido para escuchar su anhelada confesión.

Tras unos instantes de pausa, Samantha habló con fría serenidad:

—Le mentí, capitán. No tengo nada que confesar.

—¿Qué? —aulló el policía, dando un respingo en su asiento. Miró al ayudante del fiscal, que parecía a punto de desmayarse—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—La pura verdad. Escuche, capitán. Ha habido otro crimen en la ciudad. Han matado a otra persona. Era el mismo asesino que mató a Sheena Mansfield.

—¡Escúcheme usted a mí, señorita Carradine! —rugió el oficial de Homicidios, incorporándose y señalándola con dedo firme—.

¡Repítame lo que ha dicho, y juro que va a lamentar haberse burlado de nosotros!

—Capitán, no es ninguna burla. De no alegar eso, nunca hubieran venido. Tienen que ir a donde se cometió ese crimen. Es una casa grande, con moqueta rojo oscura, con moquetas verdes en las habitaciones... Puertas color marfil, adornos dorados, columnas y estatuas... Un hombre ha muerto. Degollado por el asesino zurdo. Esta vez fue un cuchillo de cocina el arma empleada.

—¿A qué viene ahora ese cuento, señorita? —la replicó el ayudante del fiscal—. No esperará que nadie se crea eso...

—¡Yo lo vi, señores! ¡Lo vi desde aquí mismo! ¡Sucedió esta noche! ¡Yo soy vidente, tengo visiones así! ¡A veces me anticipo en el tiempo, y a veces veo cosas que están ocurriendo! Ésta, por desgracia, ha ocurrido ya, me temo... ¡Tienen que hacer algo!

—Es una farsante —gruñó el policía—. Está tratando de salvar a su amiguito...

—Capitán, hay un modo de comprobarlo. Ese lugar tan señorial, tan suntuoso... ha de ser una casa rica, una mansión. Nunca la vi antes, pero no hay duda de que se trata de un lugar de gente rica. Tal vez... tal vez la casa de los Mansfield. No sé quién puede ser el asesinado, pero es un hombre joven aún, con gafas de montura metálica. La puerta de su habitación está a la derecha, entrando por ese corredor largo, lleno de puertas. Creo... creo que era la sexta. La quinta o la sexta, seguro. ¿Por qué no llama, por qué no comprueba si esto es cierto?

—Mire, señorita Carradine, si vuelve a hablarme de ese maldito asunto, yo...

—Un momento, capitán —le interrumpió el ayudante de la fiscalía—. Ella tiene razón en eso. ¿Por qué no hacemos una llamada a la mansión de los Mansfield? Nada más sencillo para desenmascarar su impostura y acusarla de fraude.

—Pero..., ¡pero son las dos de la madrugada, Ritter!

—Creo que cualquier hora es buena para llamar por algo tan importante. ¿Me deja que yo lo haga, capitán?

—Está bien, hágalo —masculló de mal humor el oficial de Homicidios—. Pero no me culpe luego del chasco que va a llevarse, Ritter.

El ayudante del fiscal se ausentó, mientras Samantha, pese a sus

protestas, era reintegrada a su celda nuevamente. El capitán Carpenter, ceñudo y con aire de irritación, se dedicó a pasear por la estancia, bajo la mirada entre pensativa y burlona del estenógrafo.

Unos momentos después, el ayudante Ritter, de la Fiscalía del Distrito, entraba en la habitación desnuda, con las manos en los bolsillos y el gesto sombrío. Tenía una leve palidez en su semblante.

Carpenter le oyó entrar. Sin volverse, demandó, brusco:

—¿Y bien, Ritter? ¿Qué tal fue el chasco?

El ayudante del fiscal tardó unos momentos en hablar. Cuando lo hizo, su tono fue grave, aturdido:

—Lo siento, capitán... Los datos correspondían a Stuart Munro, secretario y administrador de los Mansfield... No le encontraban por la casa. Su despacho estaba aparentemente normal... hasta que alguien notó que la mesa estaba cambiada de posición. La apartaron, hallando una enorme mancha de sangre reciente en la moqueta verde...

El capitán Carpenter, estupefacto, palideciendo súbitamente, se había vuelto hacia su interlocutor, abriendo mucho los ojos y sin atinar a pronunciar palabra alguna.

Ritter siguió, dejándose caer en un asiento:

—Buscaron a Munro por toda la casa. Le hallaron en la cochera, envuelto en mantas y telas de saco. Estaba muerto, degollado de una terrible cuchillada. Alguien iba a deshacerse del cadáver cuando mi llamada despertó su alarma y tuvo que interrumpir su maniobra, dejando allí el cuerpo, es evidente...

Carpenter, demudado, anonadado por lo que oía, sólo tuvo fuerzas para musitar:

—Después de todo, ella tenía razón. Ella «vio» lo que sucedía en esa casa, a mucha distancia de ella, encerrada en una celda... ¡Cielos, no puedo creerlo!

—Pero es la pura verdad, capitán —dijo cansadamente Ritter, con aire de guerrero derrotado—. Al fiscal voy a darle un disgusto. Me temo que ahora tendrá que soltar no sólo a la chica, sino también a Richard Mansfield...

\* \* \*

El mismo pasillo. Las mismas puertas. Las mismas columnas,

idénticas estarnas y moquetas.

Todo igual.

Pero esta vez, no era un sueño. Era la propia realidad, al alcance de sus ojos, de sus manos. Samantha contempló todo aquello con expresión meditativa, profundamente impresionada, como si hubiera descubierto dentro de sí una fuerza superior a todo cuanto ella imaginó que era capaz de desarrollar.

—Tengo miedo —susurró, estremeciéndose—. Miedo... de mí misma.

Cuando se enfrentó a la moqueta verde, a la estancia de su sueño o de su visión de aquella noche anterior, un leve escalofrío reptó por su espina dorsal. Era como si recorriera algo ya conocido, pese a que antes jamás estuvo allí.

Su poder había alcanzado cotas increíbles, pensó. Nunca, antes de ahora, tuvo una visión más clara ni precisa de acontecimientos que sucedían lejos de ella, de lugares y objetos que no podían captar con sus ojos, pero sí con su rara, fantástica percepción.

—¿Era aquí, señorita Carradine?

—Sí —susurró, en respuesta a la pregunta del capitán Carpenter—. Era aquí... Lo veo son tanta nitidez como entonces. Todo es exactamente igual...

El policía cambió una rápida mirada con Dick Mansfield. Éste sacudió la cabeza, desorientado. El había presenciado ya en la caseta de feria una demostración de la fuerza parapsicológica de Samantha, pero esto superaba todo lo imaginable.

—Vean —dijo la voz de Warren Mansfield, convertido en anfitrión de los recién llegados—. Ésa es la mesa. Nos costó apartarla, porque es muy pesada. La mancha de sangre es muy amplia.

Asintieron todos. Las miradas se fijaron en el oscuro círculo desigual que manchaba una zona de la moqueta verde hierba. Samantha evocó la trágica escena y cerró sus ojos, angustiada.

—Sí lo vi todo —murmuró—. La lámpara también está cambiada...

—Sí, es cierto —convino Warren, mirándola sombríamente—. Estaba habitualmente al lado opuesto.

—Y faltan la cartera de piel negra, con iniciales doradas. Y los documentos.

Warren parecía impresionado aun a su pesar. Miró a Carpenter, que le escudriñaba.

—Ella tiene razón —convino—. Stuart Munro tenía una cartera así. Pero no la hemos hallado por parte alguna. Tampoco ningún documento.

—Se empaparon de sangre —insistió ella, tensa—. Debíó llevárselos con el cadáver.

—Es posible —aceptó Carpenter—. Lo buscaremos, señorita Carradine.

Además de Warren Mansfield, tío de Dick y de Cyrus, alto, severo, de cabellos blancos, ondulados, negras cejas y ojos taladrantes, iba en el grupo Rhonda Bishop, la llamativa prometida de Cyrus, que vivía ya en la mansión, en espera de la inmediata fecha de su boda, así como dos jóvenes de diferente sexo, callados y de gesto algo huraño. Eran Carrie y Scott Mansfield, primos de Cyrus y de Dick, pero también sobrinos de Warren, que no tenía familia. Carrie y Mansfield eran huérfanos. Su padre, Malcolm Mansfield, y su madre, Désirée, habían muerto en un accidente, años atrás.

Salieron de aquella zona de la amplia y suntuosa casa colonial, residencia de la familia desde principios del siglo anterior, para encaminarse silenciosamente, a través de amplias escaleras, galerías encristaladas y corredores interminables, hasta un jardín amplio y bien cuidado, al otro lado de la casa, de espaldas al río, donde se alzaban un cobertizo para herramientas y útiles de jardinería, así como uno de los dos garajes de la mansión.

—Entren —invitó Carpenter con tono grave—. Aquí está su secretario y administrador, Stuart Munro. No es agradable de ver, pero quiero que usted lo examina, si puede soportarlo, señorita Carradine. Es importante que sepamos si, realmente, todo es tal y como usted lo «vio» desde su celda, justo cuando estaba sucediendo.

No aclaró el significado de sus palabras, ni ella lo pretendió, limitándose a asentir con la cabeza, pálida pero serena. Dick, a su lado, apretó su mano con fuerza, para darle ánimos.

—Vamos allá —dijo el policía—. Será sólo un momento.

Un agente uniformado guardaba la puerta de acceso al garaje, para que nadie pudiera entrar sin autorización allí. Una luz lívida, del amanecer nuboso, entraba en el recinto por una vidriera

polvorienta.

Carpenter hizo encender la luz eléctrica, y señaló el bulto en un rincón, junto a un par de coches de lujo alineados en el recinto. Había viejas mantas acartonadas por la sangre seca. Las alzaron. Samantha gimió entre dientes.

Ciertamente, no era agradable. Dick Mansfield contempló, pensativo, la figura encogida, el rostro joven, las gafas rotas, el cuello segado limpia y brutalmente, la sangre empapando sus ropas. Apretó los labios. Conoció muy poco en vida a Stuart Munro, porque poco tiempo vivió en aquella mansión durante su existencia aventurera y agitada, pero la presencia de un cadáver en esas condiciones, sobrecogía a cualquiera, por templado que tuviera el ánimo.

Carrie sollozó a su lado, ocultando el rostro entre las manos. Su hermano Scott la consoló. Dick y Samantha cambiaron una mirada, mientras ésta retiraba sus ojos del cadáver. Ambos recordaban que Carrie había tenido una relación más intensa con el muerto. Casi habían sido novios, aunque no de un modo oficial.

—Lo siento —dijo Carpenter roncamente—. Vamos ya de aquí.

Salieron. A la luz del día, miró fijo a la vidente. Ella afirmó, sin esperar pregunta alguna:

—Sí, capitán —dijo—. Es... es igual. Todo tal como lo vi. Es él.

—Ya —el policía se frotó el mentón—. Y el corte, según el doctor Harper, procede de un cuchillo de grandes dimensiones, posiblemente de cocina, como usted afirmó. El tajo lo dio un zurdo. Todo coincide. Absolutamente todo.

—Se lo dije —musitó ella, apretando con más fuerza la mano de Dick—. Se lo dije, capitán. Yo no inventé nada. No lo soñé tampoco, estoy segura.

—Ahora, yo también lo estoy. —Carpenter, ceñudo, miró a la muchacha y meneó la cabeza, mientras se encaminaba a la salida del jardín—. Bueno, son libres los dos, ya lo saben. El fiscal retira sus cargos contra ustedes. Ahora hay una demanda legal contra persona o personas desconocidas, por el cargo de doble asesinato en las personas de Sheena Mansfield y Scott Munro.

—Entonces, capitán, ¿cree que una misma persona cometió ambos hechos? —indagó Warren.

—Estoy seguro de ello, señor Mansfield —afirmó gravemente el

oficial de Homicidios—. Y también el fiscal del distrito. Coinciden demasiadas cosas.

—Pero ¿por qué tuvieron que hacerlo? —musitó el lío de Dick—. No tiene sentido. Primero Sheena, luego ese hombre...

—Nada tiene sentido hasta que las cosas se ven claras, amigo mío —suspiró el policía—. Y este asunto, ciertamente, dista mucho de estar claro. Ahora, señorita Carradine, ¿quiere ser tan amable de venir conmigo un momento? Usted también puede acompañarnos, señor Mansfield.

Se refería a Dick, que asintió. Carpenter se despidió de los demás miembros de la familia Mansfield, incluido Cyrus que, en su condición de invidente, no se había movido del porche, donde despidió al policía cortésmente. Sus ojos apagados se deslizaron sobre los rostros de los dos jóvenes.

—¿Te marchas, Dick? —quiso saber.

—Sí. Ya sabes que no me gusta alojarme aquí. Esta mansión no va con mi carácter. Nada de aquí encaja conmigo. Tal vez hubiera sido mejor no venir.

—No sé si tienes razón o no, Dick —suspiró su hermano tristemente—. Pero ya es tarde para lamentarse de eso. Tu mujer ha muerto y, por lo que se apreciaba, nada tuviste tú que ver en ello. Algo ha caído sobre los Mansfield, posiblemente una maldición.

—Yo más bien diría que alguien de esta casa es un asesino, Cyrus —observó secamente Dick.

—Es un modo crudo de decir las cosas —sonrió amargamente el ciego—. Pero quizá el único sensato y práctico de aceptar lo irreversible. ¿Temas a ese posible asesino?

—No temo a nadie, Cyrus. Pero prefiero alojarme en cualquier lugar de la ciudad, si no te importa.

—Por el contrario, creo que eso es muy lógico en ti —asintió su hermano, iniciando la retirada apoyado en una enfermera joven y estirada, de rostro anguloso, llamada Betsy Walker, que cuidada de él habitualmente como lazarillo, pese a que Cyrus se arreglaba por sí solo lo mejor que podía, durante el tiempo que llevaba sin visión—. No te retengo, Dick. Que todo vaya bien. En cuanto a usted, señorita Carradine, mis respetos. Por su indudable encanto, que sé captar sólo en la voz de una mujer... y por sus facultades insólitas. Gracias a usted ha sido hallado el difunto Munro. Si no, se le

hubiera dado quizá por desaparecido, sin que ello beneficiara en absoluto a mi hermano.

—No existe gran mérito en ello, señor Mansfield —respondió sencillamente Samantha—. Es algo que viene a mí sin que yo lo busque. Nací con ello, y mi padre cultivó ese don en mí.

Subieron al coche de la policía, dando por terminada su visita a la residencia Mansfield en aquella mañana de Carnaval, sombría y nubosa. Poco después, estaban de regreso en el centro de la ciudad.

Carpenter les llevó a un restaurante, donde les invitó a desayunar. Y fue entonces cuando el rudo policía hizo una proposición sorprendente a Samantha Carradine:

—Señorita Carradine, necesito hacerle una oferta muy en serio: ¿quiere usted ayudar a la policía a esclarecer estos crímenes?

## CAPÍTULO VI

—No estará hablando en serio, ¿verdad, capitán?

—Muy en serio, señor Mansfield —respondió Carpenter a la pregunta de Dick—. He hecho una proposición a la señorita Carradine, que hace unas horas que hubiese parecido una insensatez y un absurdo. El ayudante del fiscal está de acuerdo en ello. Y supongo que su jefe también, cuando sepa de lo que es capaz esta sorprendente joven.

—Pero yo... yo no *siempre* puedo ver las cosas, capitán —protestó Samantha vivamente, tras quedar absorta unos instantes—. Son ramalazos, ráfagas. A veces, se me nubla la sensibilidad, no capto nada. Pueden pasar días enteros así.

—Lo supongo. Sería terrible que se pasara la vida viendo cosas. Pero en su trabajo, en el circo o en la feria, cada día hace usted algo...

—Es diferente —sonrió Samantha, restando importancia a ese punto—. Muy diferente, capitán. Allí me dedico muchas veces a leer en los pensamientos de los propios espectadores, y ello me trae vagas ideas, visiones fragmentadas que capta mi conciencia. En este caso, imagino que el asesino no *querrá* dejarse leer el pensamiento. Y si uno no está predispuesto a algo, difícilmente se consiguen resultados positivos.

—He pensado en ello y no me importa nada. Estamos dispuestos a pagarle bien su colaboración, aunque tarde en dar con alguna de sus fantásticas visiones. Si utiliza profesionalmente sus aptitudes de modo habitual, no puede negarse a algo así.

—Trabajar en una feria, no es intentar cazar a un asesino.

—No. Pero puede convertirse en la mujer más famosa del país. Si triunfara, ¿se imagina su éxito futuro? No hace falta ser vidente

para imaginarlo...

—¿Cómo se le ocurrió semejante idea, capitán? —terció Dick, perplejo—. Creí que la policía era demasiado rutinaria para mezclar videntes y pitonisas con su trabajo.

—Éste es un caso excepcional, señor Mansfield. Nos ha impresionado terriblemente. No hay muchas criaturas en el mundo capaces de hacer lo que hace su joven amiga. Por eso hemos decidido hacerle esa proposición. Naturalmente, ella es muy dueña de aceptarla o rechazarla. No se trata de ninguna obligación.

—En resumen, están desorientados, y necesitan ayuda —sonrió Mansfield.

—Algo así —confesó sin rodeos el policía—. ¿Qué me dice, señorita Carradine?

Ella apartó las tostadas, la mermelada y la mantequilla, limitándose a tomar unos sorbos de café, en silencio. Parecía reflexionar sobre la cuestión.

—Es una oferta insólita —confesó al fin—. Me ha sorprendido mucho.

—Tiene tiempo para pensarlo —se apresuró a decir el oficial de Homicidios.

—Si todo esto no es más que el principio de un horror sangriento, tengo la obligación moral de aceptar... —comenzó Samantha, abstraída, como hablando consigo misma o siguiendo el hilo de sus pensamientos en voz alta.

Dick la miró con sobresalto.

—Samantha... —musitó—. ¿Crees que no ha terminado todo aún?

Ella le miró, alzando sus ojos hacia él, pero sus pensamientos parecían seguir lejos, muy lejos.

—Tal vez sólo comenzó —su voz era un susurro—. La muerte de su esposa, de ese hombre, el secretario y administrador de la familia... son cosas sin sentido, ¿no?

Pues, sí —admitió Dick, ceñudo—. Sheena era la primera vez que visitaba la mansión de los Mansfield. Me hizo quedarme allí unos días con ella. Llevábamos ya casi un mes en la casa... cuando sucedió. Apenas si trataba a Munro. No podían tener nada en común.

—Por eso digo que quizá esto es el comienzo de algo

infinitamente peor... Lo he presentido.

—¿Qué? —jadeó Carpenter, ávido—. ¿Presentido? ¿Cuándo?

—Antes... en aquella casa. Lo intuí. Tollo allí rezuma sangre, odio, pasiones, envidias, celos, rencos; deseos inconfesables... Se respira en el ambiente. Casi se palpa...

Asintió Carpenter, sin querer interrumpir el hilo de sus divagaciones, esperando que ella pudiese decirle algo así como: «Y sé quién es el asesino. Enseguida descubrí que el criminal era...». Pero eso resultaba ingenuo por su parte. Samantha no habló para nada de ello. Por el contrario, si voz reanudó el hilo, tras una corta pausa, siempre abstraída, moviendo la cucharilla en su café, la mirada perdida en el vacío:

—Sí, hay algo maligno en aquella casa. Algo siniestro que flota sobre ella, que amenaza otras vidas... Habrá sangre, capitán... Sangre inocente, derramada por una mano criminal. Lo estoy viendo, lo presiento... Corre la sangre, la sombra del asesino se funde en la oscuridad del jardín... No puedo... no puedo ver su rostro... Es sólo eso, una sombra, alguien sin cara, sin forma, sin identidad... Pero sus manos llevan la muerte. Veo setos... una estatua rota... Es una estatua griega... un ánfora que se vuelca... Relámpagos, truenos... Y lluvia. Mucha lluvia que cae... Lluvia que se mezcla con la sangre... Y una mujer muerta... Una mujer cuyo rostro no alcanzo a ver...

Carpenter y Mansfield no respiraban siquiera. Se miraron fugazmente, mientras Samantha proseguía con su visión interna. Notaron ambos un escalofrío, cuando de súbito ella dilató sus ojos, clavados en la nada, en el vacío, y gritó de repente, con sobresalto:

—¡Sí, ahora veo una lápida! ¡Una sepultura! Y alguien yace allí debajo... Alguien cuyo nombre figura en la piedra inscrito... ¿Quién es? ¿Quién? Ya... ya me acerco... Es la mujer muerta en el jardín... Yace allí...

¡Veo su nombre! ¡Oh, Dios mío, no! ¡Ese nombre es... es *Samantha Carradine*! ¡Soy yo!

Exhaló un grito ronco y se desplomó bruscamente sobre la mesa, derribando la taza de café. Alarmados, las camareras del local acudieron presurosas.

Dick y Carpenter se inclinaron sobre la muchacha con sobresalto.

—No. No puedes ni debes aceptar. No es trabajo para ti.

Samantha le miró pensativa. Luego, sonrió.

—¿Lo dices por lo ocurrido esta mañana en el restaurante? Fue solo una leve crisis. Estaba nerviosa, impresionada por lo que vi en vuestra casa...

—No, Samantha, no fue eso. Realmente, crees haber visto tu propia tumba, tu cadáver en el jardín. No quiero que eso vuelva a repetirse, bajo ningún concepto. No te dejaré mezclarte en este feo asunto por nada del mundo.

—Dick, tú no puedes evitar que las cosas sucedan de uno u otro modo. Recuerda que todos tenemos fijado nuestro destino.

No es cierto. El ser humano puede trazarse su propio destino, Samantha.

—Eso está aún por ver. Lo que sucede, nunca sabemos si hubiera sucedido de otro modo, caso de haber obrado de forma distinta, o si bien todo sería igual, hiciéramos lo que hiciéramos.

—En todo caso, no debes tentar a ese destino. Si te desligas definitivamente del caso, te habrás desligado de todo y no podrás correr peligro.

—Dick, ¿has pensado en el extraño sino que te condujo anteanoche a la feria, que te permitió encontrar la última localidad a la venta, y que hizo que un agente de policía se fijase en ti?

—¿Qué tiene ello que ver?

—Tal vez mucho. Es una sucesión de hechos nimios que van formando una cadena. Cada circunstancia es un eslabón. Hubo una pequeñísima diferencia entre lo que sucedió y lo que pudo no haber sucedido jamás. Pero sucedió así. Es como si algo lo hubiera previsto ya así de antemano, y ni tú ni yo fuéramos capaces de eludir nuestra ruta, nuestro encuentro, nuestro destino común.

Dick se detuvo junto al río. Al otro lado, la feria empezaba a desperezarse ya, entre la bruma. Un grupo de madrugadores enmascarados, reían y cantaban por los embarcaderos, celebrando el Carnaval.

—Samantha, no trates de convencerme de nada —dijo Dick gravemente—. No puedes hacer lo que te piden. Sería un tremendo error. Un riesgo excesivo. Deja que sea la policía quien lo resuelve.

Para eso cobra.

—Dick, el capitán dijo algo muy razonable: seré famosa en mi trabajo si ayudo a aclarar el asunto.

—No es eso lo que viste tú esta mañana en tu mente.

—Oh, eso... —Ella cerró sus ojos, estremeciéndose levemente—. Puede ser solamente una falsa alarma.

—Hasta ahora, todo cuanto viste fue cierto. Todo ocurrió tal como tú lo veías. No quiero que te suceda nada. Nunca me lo perdonaría.

—Siempre tuve una curiosidad, Dick.

—¿Cuál?

—¿Somos realmente dueños de nosotros mismos y de nuestro futuro, o está éste condicionado a algo?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A esto: si uno sabe lo que va a sucederle, ¿será capaz de evitarlo, de torcer esa premonición, de burlar al destino?

—Ya hablamos antes de eso. No me gusta la idea.

—Sería una forma de salir de dudas para siempre, Dick.

—¿Con una respuesta, quizá, afirmativa? ¿De qué te serviría en la tumba?

—Es un desafío, Dick. No puedo rechazarlo. Tal vez aunque me quede al margen, todo eso suceda igual, ¿has llegado a pensarlo?

—No tiene por qué suceder. Si te alejas de los Mansfield y de sus acontecimientos, ¿quién podría desear tu muerte?

—El asesino.

¿Eh? —Se sobresaltó Dick—. ¿Por qué motivo?

El sabe ahora que yo puedo *ver* cosas que los demás no ven. Puede llegar a sentir miedo mientras realiza otros crímenes. Y entonces, buscarme, para deshacerse de mí por temor a que, súbitamente, en cualquier momento me sea posible *ver* su rostro y denunciarle. Tiene que pensarlo alguna vez, compréndelo.

—No deja de tener sentido, pero... —Dick meneó la cabeza—. Es sólo una posibilidad remota. Si te mezclas en ello, si intentas descubrir su juego y su identidad, si que peligrarás realmente.

—Pero entonces, cuando menos, la policía estará cerca de mí. Y quizá tú también.

—Samantha, si deseas realmente que esté cerca de ti, lo estaré también aun sin meterte en este oscuro y horrible asunto.

—¿Lo ves? —sonrió ella—. Seguiría relacionada con un Mansfield. Eso me haría fácil presa de ese criminal. El seguiría pensando inevitablemente en mí como un peligro cierto, latente.

—En resumen... —La miró gravemente, con honda preocupación—. Tú quieres aceptar la proposición del capitán Carpenter.

—Sí —suspiró ella, mirándole con sus hermosos ojos verdes, profundos como lagos tormentosos—. Eso es, Dick. Perdóname, pero sé que *tengo* que hacerlo. Ya te lo dije antes: puede ser una respuesta a muchas interrogantes que me hice toda mi vida. Y, después de todo, si mi destino es morir ahora... moriré de todos modos, haga lo que haga por evitarlo.

—Ésa es tu opinión, no la mía.

—Quizá, Dick. Pero también es mi decisión...

\* \* \*

Abrió la puerta Dick Mansfield. Se sorprendió ante la visita.

—Vaya, sois vosotros —miró a los visitantes—. Entrad. Esto no tiene las comodidades de la mansión familiar, pero me encuentro más a gusto aquí.

—Para mí, todo los lugares son iguales —sonrió tristemente su hermano Cyrus, apoyándose en Carrie, su joven prima, que venía con él. Tras ellos, la alta figura del solemne ahogado familiar, Nicholas Thorndyke, completaba el grupo.

—Y yo te aseguro, primo Dick, que me siento como perdida en aquel caserón —rió suavemente Carrie, que vestía de sobrios tonos grises, como un luto suave—. Tienes un apartamento muy bonito y confortable. Esta parte del viejo barrio francés es muy bella.

—Siempre me gustó el barrio francés —suspiró Dick, haciendo acomodar en el *living* de su apartamento de viejo estilo Nueva Orleáns a sus parientes y al abogado—. ¿Algo de beber? ¿Brandy, vino, cerveza, *bourbon*...?

—Yo, vino —dijo Cyrus—. Detesto los licores fuertes.

—Yo nada, primo —dijo Carrie, mientras Thorndyke pedía *bourbon*.

Les sirvió, y luego se acomodó con ellos, sirviéndose también una copa de vino. Cyrus chascó la lengua, su mirada vagando siempre por el vacío, pero con sus restantes sentidos alerta para

suplir aquella deficiencia física.

—Un excelente vino francés —aprobó—. Siempre tú viste gusto, hermano.

Es lo único que me queda —rió Dick—. El dinero voló. La culpa la tuvo, en gran parte, ese buen gusto mío.

—A eso venimos, precisamente, Mansfield —terció Thorndyke gravemente—. A hablar de dinero.

—Es un tema desagradable en determinadas circunstancias —comentó el joven, con desenvoltura—. Pero para un hombre que sólo lleva encima unos cuarenta dólares por toda fortuna, tras pagar el alquiler de este apartamento por una semana, no puede resultar más alentador. ¿De qué se trata, abogado?

—Su hermano Cyrus ha resuelto que no debe pasar miseria alguna, en tanto se resuelve el complejo asunto de la herencia de su esposa, Mansfield.

—Cyrus, eres muy amable. En realidad, siempre quisiste ayudarme de alguna manera.

—Debo velar por la ovejas descarriadas del rebaño —sonrió el ciego con sentido del humor—. Pero tú nunca quisiste ayudas.

—Eso es cierto. Entonces me quedaba aún mi yate, mi vida libre, mi independencia. Luego me casé con Sheena, y ya no hizo falta ayuda de nadie. Ella me resolvía mis problemas.

—Pareces complacerle en exponer las cosas del modo más crudo e ingrato posible —se rebulló inquieto Cyrus Mansfield en su asiento.

—Siempre me gustó la sinceridad —rió Dick—. Prosiga, abogado. ¿Qué iba a decirme?

—Vengo a ofrecerle, en nombre de su hermano Cyrus, como un dinero que usted podrá reintegrarle cuando entre en posesión de la fortuna de su difunta esposa, una suma razonable para que viva de modo digno hasta entonces. Digamos... diez mil dólares en efectivo.

—Es una oferta generosa —suspiró Dick—. Eso me haría vivir a lo grande un cierto tiempo. ¿Ascienden a mucho los intereses?

—Dick, por favor —se irritó Cyrus, agitando sus manos—. No vuelvas a ser desagradable. Sabes que yo nunca te reclamaría nada que no fuese lo exacto que me adeudases. Aunque pasen años antes de ello.

—Muy bien. En principio, es una oferta interesante. Pero

supongo que habrá algo en contrapartida, a cambio de esa ayuda, hermano.

—Algo muy simple —dijo el ciego—. Que vengas con nosotros y dejes tu actual modo de vivir. Quiero que los Mansfield sean los Mansfield hasta el fin. Con sus defectos y virtudes. No me gustaría verte por ahí, como siempre hiciste, de burdel en burdel o de casino en casino, despilfarrando el dinero y la respetabilidad familiar.

—Cyrus, sabes que me asfixia el ambiente de vuestra mansión.

—Pero no es mucho pedir que lo compartas hasta que entres en posesión de tu herencia y decidas lo que has de hacer, ¿no es cierto? No somos unos extraños los que vivimos allí, sino todos tus familiares.

—El extraño sería yo —meneó la cabeza, negativamente—. No, hermano, gracias. No me encerraré en esa casona durante días, semanas o meses. Iré a veros de vez en cuando, eso sí. Pero nada más.

—Dick, eres incorregible —se quejó Cyrus, mientras Carrie sonreía, contemplando a su primo con admiración mal disimulada—. ¿Qué harás con cuarenta miserables dólares? ¿Vivir de esa chica adivina?

Cyrus, si no fueras mi hermano, te daría un puñetazo —gruñó Dick—. Podía vivir de una mujer rica como Sheena, de quien yo era un capricho más hasta que se cansó de él, pero jamás de una muchacha como Samantha.

—Perdona. Tal vez me equivoqué esta vez. No quiero herirte ni molestar a esa joven. En fin, sé que nunca te convencería, si te obstinas en algo —se puso en pie, tras apurar su copa de vino—. Thorndyke, dele dos mil dólares. Que se arregle con eso de momento, aunque no quiera respirar el mismo aire de los Mansfield. Tal vez sea él quien tiene razón y no yo. Siempre me hubiera gustado, en el fondo, ser como tú, Dick. Cuando pude serlo, me faltó valor. Ahora que lo desearía... no tengo luz en mis ojos. Y empiezo a tener demasiados años.

—¿Demasiados? Sólo son treinta y dos, hermano —rió Dick de buen grado.

—A veces, son muchos. Depende de tantas cosas... La última vez que fui a Suiza, a intentar recuperar la visión, casi llegué a sentirme optimista, al pensar en un futuro distinto, lleno de promesas.

Después de operarme el doctor Müller, comprendí que había estado soñando todo el tiempo. No podía volver a ser yo mismo. No podía volver la luz a mis ojos. Pero aunque hubiera sido así, sé que no hubiera tenido fuerzas ni valor para ser como tú, Dick.

Thorndyke puso dos fajos de billetes de cien dólares sobre la mesa de centro. Cyrus añadió, al oír crujir el papel moneda, con un vivo ademán hacia el abogado:

—No, no, nada de documentos. Es un dinero que yo le regalo a Dick. Si él quiere un día devolvérmelo, es cosa suya. Lo único que nunca perdió de los Mansfield, con la fortuna, fue su orgullo.

—Cierto. —Dick tendió su mano a Thorndyke, y luego oprimió el hombro de su hermano calurosamente—. Gracias, Cyrus. Te prometo no dilapidar torpemente este dinero. Después de todo, tampoco me duraría más de una noche... y debo administrarme un poco, ¿no crees?

—Hum, mal asunto —rió Cyrus suavemente—. Empiezas a hacerte sensato. La familia habrá ganado un gran elemento, y el mundo habrá perdido a un excelente granuja. Me pregunto si valdrá la pena el cambio...

Dick besó a la joven Carrie. Ella le miró con sus claros ojos azules, resplandeciente de simpatía y cordialidad.

—Hasta otra, primo Dick —se despidió—. Personalmente, te admiro mucho. Eres como una leyenda para toda la familia.

—Sí, una leyenda negra —el joven soltó una suave carcajada. Luego, más serio, añadió, apretando una mano de la muchacha—: Lo siento de veras, Carrie. Sé que estimabas a Stuart. Me pregunto quién pudo tener interés en matarle, y por qué...

—Yo también me lo pregunto muchas veces, Dick —el tono de ella se hizo triste—. Sobre todo, desde que he recordado la pelea que tuvo el otro día con Robin Kerr...

—¿Con Kerr? —Dick dio un paso atrás, sorprendido—. ¿El amante de mi difunta esposa?

—Diablo, Dick, dices las cosas de un modo... —Cyrus asintió—. Sí, Carrie me lo contó. Robin Kerr estuvo en casa para escribir algo sobre el crimen. Tu primo Scott le acogió amablemente, no sé si por cortesía o por molestarte a ti. Ya sabes que no simpatizó nunca demasiado contigo. Pero Munro, al advertir su presencia en la casa, lo tildó de desvergonzado, y le arrojó de la casa de un modo casi

violento. Kerr es un tipo áspero y casi llegaron a las manos. La presencia de Carrie, apoyando a Munro, lo evitó. Desagradable tipo ese Kerr, hermano.

—Dímelo a mí —comentó sarcástico Dick—. No me siento celoso de él, porque la verdad es que no sentía amor alguno por Sheena, pero los tipos de su calaña me resultan muy poco gratos. Es un vividor, un rufián, incluso quizá un chantajista, por cosas que oí contar de él...

—Mi hermano Scott, en cambio, se mostró amable con él —dijo Carrie—. No sé por qué te odia tanto, Dick... Tú eres un gran chico, digan lo que digan.

—Tal vez porque tú eres mujer... y tu hermano es hombre —suspiró Cyrus, irónico—. Ésa es la diferencia de puntos de vista sobre mi hermanito... ¿Vamos ya?

Salieron los visitantes del apartamento. Dick regresó al *living*, y vio partir el lujoso «Cadillac» oscuro, llevando dentro a sus familiares y al abogado. Pensativo, regresó a la mesita, contemplando el dinero. Meneó la cabeza, con aire perplejo.

—Robin Kerr... Se peleó con Munro, sí. Pero eso no sería motivo para un crimen semejante. Aunque entonces, ambos hechos tendrían más sentido. Robin Kerr es la única persona con alguna razón para matar a Sheena y a Munro. Eso puede significar algo. Creo que iré a hacerle una visita a ese tipo en cualquier momento...

## CAPÍTULO VII

Era una casa aislada, a la orilla del Mississippi, en la parte norte de la ciudad. Rodeada de sauces y de cañaverales, parecía completamente deshabitada.

Dick Mansfield sabía que no era así. Aquella era la vivienda del escritor Robin Kerr, un tipo solitario, perezoso, habituado a vivir de las mujeres y a trabajar muy poco. Su máquina estaba habitualmente silenciosa, y sus trabajos en periódicos o en publicaciones eran esporádicos, aunque corrosivos. Era una mezcla de rufián y vividor, capaz de cualquier cosa por dinero fácil.

Tenía buen físico y ningún escrúpulo. Eso, en cualquier sociedad un poco decadente, siempre da buenos resultados. El no se podía quejar. Era un tipo bien cotizado entre las damas de Nueva Orleans. Sobre todo, entre las damas casadas que querían divertirse a espaldas de sus maridos.

Dick Mansfield se detuvo a poca distancia de la casa y miró en torno, pensativo. Desde el día en que supo que el tipo era del agrado de su mujer, se interesó en parte por su vida, descubriendo la clase de individuo que era. Avisó a Sheena de ello, con honradez, previniéndola contra tal clase de sabandijas, pero ella no le hizo ningún caso. Después de todo, estaban ya a punto de tramitar su divorcio, y lo que ella hiciera, no podría tomarlo demasiado seriamente. Aun así, le disgustó la actitud de su mujer. Más por el tipo elegido, que por la natural inclinación que ella pudiera sentir hacia otro hombre, cuando su matrimonio se había desmoronado por el mutuo error de ambos, si es que alguna vez constituyó esa unión algo realmente sólido.

Ahora, esos errores quedaban atrás Sheena también. Ella era sólo un recuerdo agri dulce, con algunas notas amargas. Una mujer

que quiso hacerle su esposo, aprovechándose de una borrachera, para luego comprender que todo había sido un necio capricho de mujer rica, y nada más. Su vida aventurera y libertina, casi empezaba también a ser recuerdo, pensó Dick, mientras se movía hacia la casa resueltamente.

Ahora estaba intentando averiguar cosas, ahondar en la vida de Robin Kerr, con la secreta esperanza de que él fuese el culpable, y así evitarle a Samantha Carradine una labor erizada de peligros.

Se detuvo ante la puerta. Había en ella un viejo llamador de bronce, compartiendo su tarea con un moderno pulsador eléctrico. Dick se decidió por este último, pero en vano. El timbre sonó dentro de la casa, sin que nadie acudiera a abrirle.

Había caído la noche, y las ranas croaban en el cañaveral. Por los cauces, revoloteaban algunos pajarillos ateridos por el frío invernal, poco frecuente en aquellas latitudes, pero acentuado en estos días de Carnaval por la humedad ambiente.

Era un lugar apartado y solitario. Repentinamente, Dick acababa de pensar en la posibilidad de un riesgo, hallándose solo junto a la vivienda de quien, tal vez, había matado dos veces ya.

Eso no le arredró, sin embargo. Golpeó con el llamador de bronce tres veces. El mismo silencio acogió su empeño.

Cuando de nuevo alzó el llamador, para descargarlo con mayor ímpetu, la hoja de pesada madera cedió con un chirrido, lentamente. No estaba cerrada.

Asomó, precavido, al interior. No vio más que sombras profundas. Ni una sola luz. El silencio era tal, que el concierto de las ranas resultaba estruendoso. Alguna de ellas chapoteó en el río. Muy lejanos, llegaron los ecos de una canción espiritual negra, acaso la de algún viejo cargador portuario, con añoranzas del Sur de otros tiempos.

—¡Kerr! —llamó con voz potente—. ¡Eh, Robin Kerr! ¿Dónde se ha metido?

Silencio. Ni una voz. Ni el crujido de unas pisadas, de un mueble o de una puerta accionada en el interior. La desagradable impresión de que allá, en la oscuridad, pudiese estar esperando al acecho Robin Kerr, con un cuchillo afilado en sus manos, no bastó para amedrentar a Dick, aunque le hizo tomar precauciones.

Se agachó y rompió una rama de un arbusto. Luego, la pulió con

su cortaplumas. La dejó convertida en una especie de recia vara, y armado así entró en la edificación, cautelosamente.

Avanzó paso a paso en la oscuridad. Muy lento, muy precavido, con todos sus sentidos alerta. No quiso encender la luz, y nunca supo si eso fue un acierto o un error.

Lo cierto es que Dick Mansfield se aventuró en la casa oscura y silenciosa. Y que apenas había recorrido unos diez o doce pasos, tuvo la rápida intuición de que algo andaba mal.

Se volvió, rápido. Pero no lo suficientemente como para frenar el impacto de algo que caía sobre su cabeza, manejado por alguien que estaba ya acostumbrado a permanecer al acecho en las sombras, y por tanto tenía ventaja sobre él, al tener la vista habituada a la oscuridad.

Exhaló Dick un gemido ronco. Quiso golpear con su vara al adversario, pero ni siquiera llegó a tocarle. Todo osciló en torno suyo. El golpe había sido demoledor. Se desplomó de bruces, quedándose inmóvil en el suelo, rodeado de tinieblas.

\* \* \*

No fue un grato despertar, vi mucho menos.

Sentía que se ahogaba. Esa misma sensación de asfixia, era la que le hizo volver de su inconsciencia, con una opresión en su pecho realmente angustiada.

Trató de moverse, de salir de algo que, como la red de una araña, le envolvía pegajosamente. No consiguió nada. Estaba casi inmovilizado, envuelto en algo que le asfixiaba.

Luego, intentó respirar, emitir algún grito. Apenas abrió la boca, se le llenó de algo líquido que estuvo a punto de ahogarle de modo definitivo. Tosió, sintiendo que los pulmones se le llenaban de agua, e hizo lo imposible por expulsarla, conteniendo la respiración cuanto podía. El pecho y las sienes, estaban a punto de estallar.

Agitó sus manos, libres pero inútiles dentro de aquel encierro pesado, que parecía ir descendiendo hacia una oscuridad más profunda, de modo paulatino.

La luz se abrió paso súbitamente en su cerebro, llenándole de terror.

Estaba sumergido en agua, acaso en el río. Y atado dentro de un

saco, con algo más a guisa de lastre, que le arrastraba al fondo. De haber podido, se le hubieran erizado los cabellos.

Forcejeó furiosamente en aquel angosto de tejido burdo y fuerte, calculando que no le quedaba resistencia para más de siete u ocho segundos, en el mejor de los casos.

Siete u ocho segundos separándole de una muerte cierta, en el lecho del río. Un asesinato sin sangre, sin ruido. Silencioso y seguro. Después de todo, sus sospechas habían sido ciertas.

El maldito Robin Kerr se había cobrado su tercera víctima.

Pero no era momento de pensar en crímenes ni criminales, ni de maldecir a nadie, sino de intentar desesperadamente liberarse de aquel ataúd de fibras en que se hallaba metido.

Debatirse por salir de él, era perder el escasísimo tiempo de que disponía. Aquel saco no se desataría tampoco desde el interior, por mucho que lo intentase. Todo cuanto pretendiera en tal sentido, era agotar sus últimos segundos.

Los pulmones eran una caldera a punto de reventar. Sentía agolparse la sangre en su cabeza, en sus ojos, y de un momento a otro, todo se iría al diablo. Pero en ese momento fugaz, tuvo un recuerdo para algo que hiciera poco antes: la rama cortada, el cortaplumas segando tallos...

¡El cortaplumas!

Quizá el asesino le había despojado de él, aunque era muy pequeño y lo llevaba hundido en un bolsillo de su chaqueta...

La mano entró dificultosamente en ese bolsillo. Perdió dos o tres segundos en ello, y en hallar el cortaplumas. Allí estaba, afortunadamente. Sus manos fabriles, con el obstáculo de lo angosto de su encierro, manipularon el objeto, logrando extraer la hoja.

La clavó en el saco, empezó a rasgarlo... Un segundo más, otro...

El tiempo tocaba a su fin. Sus pies forcejearon, logrando romper más el saco, mientras todo parecía girar y quebrarse a su alrededor, y su cuerpo todo era un objeto a punto de resquebrajarse en un estallido final irremisible.

Dick saltó hacia adelante en el agua, con sus postreras fuerzas, logrando salir del saco. Éste, con su lastre, se fue al fondo. El joven se elevó cuanto pudo, intentando bucear hacia la superficie. Los últimos instantes pasaron, se agotaron, y su resistencia se

derrumbó. Abrió la boca, en un movimiento instintivo final, esperando tragar agua, hasta morir.

En vez de ello, una bocanada de aire húmedo y fresco penetró en sus pulmones. Vio las nubes por encima de él, y borrosamente salpicó su retina el parpadeo lejano de las luces de la ciudad.

¡Había salido a la superficie en el momento preciso!

Luego, su cuerpo fue solo como un madero, flotando hacia la orilla, adonde llegó arrastrándose, virtualmente agotado.

\* \* \*

Los hombres-rana emergieron finalmente, con el bulto del saco y su lastre, que arrastraron dificultosamente hacia tierra.

Alrededor de la vivienda de Robin Kerr, varios agentes uniformados rastreaban en busca del escritor y *gigoló*, que no aparecía por parte alguna. Dick Mansfield tomaba *brandy*, envuelto en mantas, junto al capitán Carpenter, que le miraba ceñudo.

—Debería haber ido al hospital —le repitió nuevamente el policía.

—No hace falta, gracias —rechazó Dick—. Ahora prefiero saber dónde está ese bastardo de Kerr, y por qué me hizo esto...

—Ésa es tarea mía, Mansfield —le avisó Carpenter—. Pedí ayuda en este asunto a su amiguita la vidente, pero no a usted. ¿Por qué se metió a detective privado?

—No investigaba nada. Sólo quería visitar a Kerr por cuestiones personales.

—Miente. Su prima Carrie le mencionó lo de la pelea con Munro, y ha querido sacar sus propias conclusiones sobre el terreno, ¿no es cierto?

—Yo nunca he hecho de detective aficionado, capitán.

—Pues siga sin hacerlo. Este asunto es muy feo. Y muy peligroso. Ya tengo bastante con tener vigilada a su amiga Samantha, para que no corra riesgos, después de lo que nos dijo en el restaurante, para que ahora usted me venga a complicar la vida creyéndose de nuevo en su mundo aventurero de los mares del sur o del Caribe. Esto no es un juego, Mansfield. Ya van dos asesinatos, recuérdelo.

—Tres, me temo, señor —dijo una voz a sus espaldas.

—¿Qué? —El capitán Carpenter dio un respingo de sobresalto, volviéndose a una de los hombres-rana que, con su traje de goma chorreando agua, se había aproximado a ellos por el cañaveral—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Venga, capitán. Tenemos el saco en la orilla. Y lo que había dentro del saco...

Carpenter marchó hacia allá a grandes zancadas. Dick, pese a su estado, se echó de un trago todo el *brandy* a la garganta, y se apresuró a ir tras el policía, sujetando las mantas contra su cuerpo desnudo y empapado.

Cuando llegó, Carpenter lanzaba el chorro de luz de su linterna sobre el cuerpo oscuro tendido en el fango de la orilla del Mississippi. Lo que antes consideró Dick cunó un simple lastre dentro del saco mortal, ahora apareció en todo su terrible y siniestro significado.

El joven Mansfield lanzó una imprecación de horror, y miró fijamente el cuerpo sin vida allí tendido.

Porque era el cuerpo de un hombre. Con las ropas empapadas de agua, pero también de sangre seca. Con el cuello rebanado limpiamente por un tajo de oreja a oreja. El rostro era una espantosa carátula de horror.

Pero aun así, era fácil de identificar, pese a que Dick sólo le había visto en tres o cuatro ocasiones antes de ahora.

—Cielos... —masculló—. Es Robin Kerr...

\* \* \*

—Robin Kerr... La tercera víctima.

—Sí, Samantha. El amante de mi difunta esposa. El hombre que constituía su último capricho. El tipo que se peleó con Stuart Munro. El vividor de mujeres adineradas. El presunto sospechoso. La tercera víctima del asesino. Es horrible...

—Lo presentía, Dick. Te lo dije. Era sólo el principio. El principio de algo espantoso. Ese asesino no se detiene ante nada.

—Pero ¿qué busca, Samantha? Sheena, Munro, Kerr... Son crímenes sin sentido. No tienen relación alguna entre sí. Al menos, no para asesinarles, supongo.

—Podría ser obra de un demente, pero no lo creo. Hay método

en todo ello, Dick. Un método frío, cerebral.

—Lo que me pregunto es por qué no hizo lo mismo conmigo...

—¿Degollarte? No tenía por qué perder tiempo. Es lo que pensó, sin duda. Meterte inconsciente en un saco bien atado, con el cadáver de Kerr como lastre, era demasiado para imaginar que pudieras salir bien librado de ello. Esta noche... esta noche tuve una angustia especial durante la primera función. No sabía a qué atribuirle, pero de repente sentí miedo. Miedo por ti... Es todo lo que he sentido. No intuí lo que te podía suceder.

Dick paseó por el reducido camerino de la caseta de feria, mientras Samantha se retocaba su maquillaje para la siguiente sesión de trabajo. Fuera, la feria era un festival de música, luz y voces, pese a la noche fresca y húmeda, amenazando lluvia.

—No debes seguir en esto —dijo roncamente Dick—. Avisa al capitán Carpenter.

Renuncia a todo.

—¿Qué te pasa? ¿Vuelves a lo mismo de antes? —sonrió ella.

—Es peor cada vez. Hay un muerto más. Pudimos ser dos. Lo mío rozó el milagro. Un par de segundos más, y sería un cadáver. No puedes correr ese riesgo. Tú, al menos, has presagiado tu futuro. No lo aceptes.

—No quiero morir, Dick —sonrió ella dulcemente—. Pero quiero saber, de una vez por todas, adónde conduce mi sendero. Quiero saber también si puedo vencer a mi destino, si hay un error en mis premoniciones o presagios. Sería lo mejor que pudiera suceder.

—¿Qué quieres decir? —La miró, sorprendido.

—¿No lo entiendes? Quiero ser algún día una mujer como cualquier otra. No tener sobre mí en el peso de la herencia de mi padre. Es un lastre demasiado fuerte. Gravita sobre mi vida hasta asfixiarla. Cualquier otra mujer es feliz, porque es sólo eso: una mujer. Yo... yo debo luchar contra mí misma y contra mi destino. Contra esa facultad extraña que heredé, que me hace anticiparme a ciertas cosas, o desplazarme en el espacio, para ver algo lejano, que ningún otro puede ver...

—Creí que estabas satisfecha con tu don.

—No puedo estarlo, Dick. No quiero seguir siendo lo que soy, una atracción de feria. El único medio de liberarme, es comprobar que no todo es cierto, que no soy la clase de monstruo que soy.

—Y comprobar que realmente lo eres... sería la muerte.

—Morir puede ser una liberación.

—Samantha, no es tan grave tener facultades, ver más allá que otros...

—Porque tú ignoras lo que es ser la hija del Gran Magnus... — Repentinamente, le miró con fijeza. Se incorporó, empezando a despojarse de su bata, sin importarle la desnudez de su cuerpo llamativo—. Vamos, Dick.

—¿Adónde?

—He averiguado algo esta tarde. Ven conmigo. Quiero que conozcas a alguien, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿De qué se trata?

—De mi padre, precisamente: El Gran Magnus. He descubierto su paradero. Se está muriendo...

## CAPÍTULO VIII

El Gran Magnus.

Era él. Según los afiches y carteles de los muros, «el más grande adivino del mundo, el hombre que veía el presente y el futuro, el vidente más fabuloso de todos los tiempos». Eso fue en otra época. En un tiempo de coches grandes y pesados, de vida menos bulliciosa, de *music-hall*, de circo y variedades...

El Gran Magnus de frac, en fotografías rancias, amarillentas ya, con sabor de años y polvo de tiempo. Sonriente, moreno, cordial, magnético.

Era otro hombre. El de ahora, era solamente su sombra. Una piltrafa. Algo que se terminaba por momentos.

La habitación oscura y angosta olía a ginebra y a suciedad. El hombre respiraba agitadamente en un lecho mugriento. Había botellas vacías en torno suyo. Una faz pálida, cadavérica, con ojos enrojecidos, se movía casi espasmódicamente, de vez en cuando, sobre la sucia almohada.

—Es él —susurró Samantha—. Mi padre: Ralph Carradine *el Gran Magnus*. Lo que queda de él. Lo demás, se lo llevó el alcohol...

Dick avanzó hasta el camastro. Miró al hombre. Una bombilla de escasos watios alumbraba débilmente el rincón del anciano. Porque anciano parecía, aunque quizá no tuviera más de cincuenta años.

—De modo que es él —murmuró Dick—. Está muy mal...

—Ya lo sé, Se muere, Ha venido un médico —meneó la cabeza—. No hay remedio.

—Siento que lo encontraras así. Pero no es culpa tuya.

—Ya lo sé. El abandonó a mi madre, se abandonó a sí mismo. La bebida le destrozó. Ha sobrevivido gracias a mi dinero. Cuando no sabía su paradero, se lo giraba siempre a un apartado postal. Allí lo

recogía. Para seguir bebiendo, supongo. Ahora, ya no se puede hacer nada. Pero quise que lo vieras. El también fue un monstruo de feria. Mucho mejor que yo. Veía realmente todo. O casi todo. Era fabuloso. Pero no quería poseer ese don. Llegó a obsesionarse. Vio demasiadas cosas: incluso su propia ruina. Y la precipitó. Me pregunto si hubiera cambiado todo, de haber intentado no creer en el destino y en su fatalidad...

—Seguro que sí, Samantha. No te atormentes más con esto...

—Samantha...

Ambos se irguieron. Era una voz débil, apagada, muy lejana. La voz de un moribundo que pugna por salir de su oscuridad creciente, que quiere aún decir algo, establecer contacto con la vida.

—Sí, papá —dijo ella, acercándose. Se sentó al borde del lecho—. ¿Me conoces?

—Difícilmente... Hija... ¿Por qué has... venido? —jadeó el moribundo.

—Tenía que hacerlo. Algo me decía... que no había tiempo.

—Eso es. No lo hay. Gran chica... Gracias por todo lo que hiciste por mí.

—Oh, papá, no digas eso...

—Nunca merecí nada de ello. He sido estúpido, egoísta, cruel. No quise a nadie jamás... Samantha, tú... tú luiste mi obra... Eres como yo era... Muy grande. Te enseñé a cultivar tus facultades, ¿verdad?

—Sí, papá... —La joven cruzó una mirada triste con Dick Mansfield.

—No fue justo... que hiciera eso de ti. Desde niña tú... tú no querías ser lo que yo fui... Y tenías razón. Tenías motivos para ello, porque tú... Oh, Samantha, tengo que decírtelo...

—¿Decirme? ¿Qué, papá?

—La... la verdad... No puedo morir... llevándomela conmigo...

—Parpadeó, mirando más allá, hacia el silencioso Dick—. Hay alguien... alguien más ahí... contigo.

—Sí, padre —asintió ella, mientras Dick se sorprendía de su percepción—. Es un amigo. Un buen amigo. Dick es su nombre. Dick Mansfield...

—¡Mansfield...! —De repente, algo agitó al moribundo. Una extraña fuerza le hizo erguirse en el lecho, como un espectro o un

resucitado. Miró a Dick con ojos desorbitados, que pretendían aferrarse a la luz y a la vida estérilmente—. ¡Samantha, es el destino! ¡El destino siempre es más fuerte que nosotros!

—Papá... —La joven había palidecido súbitamente—. Papá, ¿qué quieres decir?

—Samantha, él... y tú... Es... es lo que está escrito... Ten cuidado... Hay peligro, hay muerte en tu camino, hija mía... ¡Samantha, no quiero morir aún! ¡Tengo que decirte... decirte...!

No dijo ya nada más. Su rostro se estiró. Su cuerpo perdió rigidez. Se fue hacia atrás. Cayó de espaldas. Permaneció inmóvil ya. Para siempre.

Había muerto.

Samantha se levantó con un sollozo ahogado. Se abrazó a Dick, que la acogió en sus brazos. El Gran Magnus era un pobre cuerpo, un cadáver esquelético y triste. Era todo lo que quedaba del antiguo fenómeno del espectáculo.

—Vamos, vamos ya de aquí —dijo suavemente Dick—. Vamos ya. No podemos hacer nada por él...

Samantha sollozaba. Pero Dick Mansfield se preguntaba qué terrible visión final había surgido ante los ojos del gran vidente, antes de morir. Por qué habló del destino, por qué se asustó al oír su nombre... y por qué su premonición coincidía con la de su hija. Había peligro en el camino. Y muerte...

La ventana abierta a la noche de lo desconocido y de lo que estaba por venir, se había entreabierto un poco más, cuando los ojos del hombre que moría, habían visto más allá que ellos mismos...

Pero ¿qué es lo que vio a través de esa ventana?

\* \* \*

El cementerio era particularmente extraño en un día de Carnaval.

Dentro había silencio y quietud. Fuera, bullicio y risas. No mucho antes, un funeral negro había llenado de cánticos melancólicos el camposanto y sus alrededores. Luego, el cortejo fúnebre, se alejó hacia el centro de Nueva Orleans entonando sus *blues* en un singular festejo funerario que sólo podía verse en aquella increíble ciudad.

El entierro de Robin Kerr en una tumba, y el de Ralph Carradine en otra no muy lejana, fue una coincidencia extraña que reunió en el recinto a Dick Mansfield, a Samantha, y al capitán Carpenter. Este último se apartó de la tumba de Kerr, que era sepultado sin que nadie acudiera a su funeral, y se aproximó a la joven pareja. Expresó su condolencia a Samantha. Luego, miró fijamente a Dick y le hizo ir a parte, con un gesto.

—La autopsia reveló que el asesino ha utilizado de nuevo un cuchillo de cocina, perteneciente al propio Kerr —dijo en voz baja el oficial—. La muerte fue instantánea. Y el golpe se efectuó con la mano zurda.

—De modo que es la misma persona...

—Por si cabía alguna duda, ahí están los datos. —Carpenter soltó un resoplido. Miró a Samantha, y luego a la sencilla cruz sobre la fosa—. ¿Cómo le ha sentado esto?

—Lo esperaba. Aun así, es un mal rato para ella. Su padre era un gran vidente.

—Sí, lo sé —observó a Dick, pensativo—. ¿Dijo algo al morir?

—Lo dijo, sí —se lo explicó al policía—. Significativo, ¿no?

—Ya son dos visiones semejantes —asintió—. ¿Cómo conocía ese hombre a los Mansfield?

—No lo sé. Tal vez ni siquiera nos conociese. Pudimos formar parte de sus visiones. Quizá El Gran Magnus, sí tuvo el secreto de estos crímenes en sus manos, y no tuvo tiempo de revelárnoslo.

—Sí, tal vez —se encogió de hombros el policía—. Eso, nunca se sabrá.

—¿Algún indicio en la vivienda de Kerr, capitán?

—Ninguno. Kerr debió ser sorprendido y atacado por la espalda. Le degollaron antes de que pudiera hacer nada. Su gesto revela horror, sorpresa. Quizá conocía a su asesino, pero eso es pura especulación. En cuanto a huellas... nada en absoluto. El criminal usa guantes, como es lógico suponer. Y no deja pisada alguna visible. Debe utilizar calzado especial de goma.

—Con cada asesinato, se borran las pistas. Y hay que volver a empezar...

—Sí, maldita sea. Sólo espero que cometa algún error ese asesino.

—¿Y esperar otro crimen, quizá?

—Dios no lo quiera. Después de mi fracaso con usted, y esto de ahora, la opinión pública pide poco menos que mi cabeza —suspiró el oficial de Homicidios—. Y el caso es que tienen razón. Si Samantha no nos ayuda, no veo cómo salir del apuro...

—Tal vez en algún momento tenga ella la visión que necesitamos y...

Se interrumpió Dick. Con gesto de desagrado, vio entrar en el cementerio a alguien que, tras dirigirles una fría mirada y una cortés inclinación de cabeza, se encaminó a la tumba de Robin Kerr, donde se quedó quieto, en actitud de oración.

—Mi primo Scott, el hermano de Carrie —señaló Dick, apretando los labios—. Viene a despedir a Kerr. Lo hace por molestarme. Por igual razón se hizo amigo suyo...

—¿Nunca le ha roto usted la nariz, Mansfield? Me resulta muy poco simpático su primito...

—Compartimos el gusto, capitán. De niños nos pegamos alguna vez. Siempre perdía él. Y volvería a perder, si se pusiera violento. Pero es demasiado astuto para ello. Prefiere hacerme daño de otro modo, aunque debería saber que no me ofende, sino que me irrita.

—Parece mentira que dos hermanos se parezcan tan poco, Mansfield. Esa jovencita, su prima Carrie, es una chica encantadora.

—Sí, lo es. Nunca se parecieron demasiado, ni física ni moralmente. Carrie se asemeja más de carácter a mi tía Désirée, por lo que oí decir. Y Scott, a su padre, mi tío Malcolm.

—Recuerdo a ambos, aunque no los conocí personalmente —asintió Carpenter, pensativo—. Malcolm y Désirée Mansfield. Muertos en accidente de automóvil, cerca de Baton Rouge, hace muchos años... Circularon extrañas historias sobre ello, e incluso se especuló con la posibilidad de un accidente provocado. Un mecánico había revisado el coche aquella misma mañana, sin encontrar problema alguno en él.

—Conozco los chismorreos sobre ello, capitán —suspiró Dick, con una sonrisa vaga—. Hubo incluso quien sugirió que mi tío Malcolm era un hombre muy celoso y que, además, había permanecido internado un tiempo en una clínica psiquiátrica, y los celos eran casi enfermizos. Según esa versión, él pudo, guiado por los celos, matar a su bella esposa Désirée, de quien se decía que era cortejada por varios hombres, alguno de los cuales gozaba también

de su predilección. Pero sólo fueron rumores. Lo cierto es que el coche apareció en el fondo de un barranco, destrozado, con sus cuerpos dentro.

—Yo no me refería a tan embarazosa historia, Mansfield...

—Yo sí. No tengo prejuicios ni trato de defender espada en mano el honor de los Mansfield, eso no va conmigo. Personalmente, le diré que más tarde con certeza que mi tío Malcolm sí estuvo enfermo un tiempo, y que tenía cosas de psicópata. Era agresivo y celoso. De un hombre así, se puede esperar todo. Tía Désirée, en cambio, era afectuosa, dulce y tierna. Quizá realmente amó a otro hombre. Cosa que, sabido cómo era su marido, no pudo reprocharle.

—Es usted increíble, Mansfield. Jamás vi un hombre tan dado a la sinceridad, aunque se perjudique a sí mismo o a sus más allegados...

—Por eso soy la vergüenza de los Mansfield —rió Dick de buena gana, yendo hacia Samantha cuando advirtió que ella se apartaba ya de la tumba de su padre. La tomó por un brazo, y se encaminó a la salida, seguido por el policía.

Rápido, dejando la tumba de Robin Kerr, su primo Scott partió tras ellos, y su voz detuvo a Dick cuando todos habían cruzado la salida del cementerio:

—Vaya, veo que te has consolado muy pronto de la muerte de Sheena. ¿Ésta era tu amante cuando ella tenía relaciones con Kerr?

Dick paró en seco. Samantha trató de tirar de él. Carpenter miró preocupado a ambos hombres. Lentamente, el joven se volvió hacia su primo.

—Puedes decir lo que quieras de mí, de Kerr o de Sheena, pero no de esta joven, Scott.

—Vaya. El caballero galante se ofende. ¿Vas a defender a tu dama espada en mano, para ponerte más a tono? —insistió, zumbón, su primo.

—No —replicó Dick secamente—. No me hace falta tanto para aplastar a una lagartija como tú.

Y rápido, antes de que pudiera darse cuenta nadie, avanzó dos pasos velozmente, y conectó su puño contra el mentón de Scott Mansfield, que saltó disparado hacia atrás, como si hubiera funcionado un resorte, y se golpeó sordamente en el asfalto, jurando

entre dientes rabiosamente.

—¿Vas a levantarte a pelear, o tienes bastante ya con eso, primito? —le interpeló fríamente Dick.

—Maldito seas... —jadeó Scott, con un hilo de sangre deslizándose por la comisura de sus labios—. Algún día pagarás todo esto...

—Ésa es tu única esperanza —rió Dick, encogiéndose de hombros.

Y con total desprecio hacia el caído, regresó junto a la joven y al policía, reanudando la marcha sin volver una sola vez la vista atrás.

—Cerdo... —Silabeó Scott, incorporándose con mirada de odio—. Tal vez seas tú la próxima víctima del asesino...

\* \* \*

El tamborileo del primer trueno hizo estremecer a la muchacha.

Luego, comenzó a llover con fuerza. La gente se dispersó por la feria, buscando refugio contra el aguacero. Nuevos relámpagos alumbraron la noche violentamente, y los truenos se sucedieron, encadenándose entre sí.

—Creo que ya podemos cerrar por esta noche —dijo ella, suspirando—. Se ha estropeado la velada. Ya no vendrá nadie. En cuanto amaine un poco la lluvia, se apresurarán a irse al centro de la ciudad, a algún local cerrado donde celebrar los festejos del Carnaval.

—Entonces, vámonos nosotros también a cualquier parte —le pidió Dick—. Sé que no tienes ánimos de divertirme, pero bastará con que vayamos a cualquier sitio cerrado y tomemos juntos una copa. ¿Qué te parece la idea?

—Excelente —asintió Samantha, más animada. Pero no pudo evitar otro estremecimiento cuando temblaron las paredes de las casetas con el bramido de otro trueno, y se abrazó fuertemente a Dick, que la miró preocupado.

—¿Qué te ocurre? ¿Te da miedo la tormenta?

—No. Pero ésta sí... —musitó ella.

—¿Ésta? ¿Por qué...? —De repente recordó algo y enmudeció. A su mente acudieron aquellas palabras de Samantha en el restaurante, cuando Carpenter le pidió ayuda.

Setos... una estatua griega rota... Una ánfora volcada... Truenos y relámpagos... Lluvia y sangre...

—Veo que comprendes —murmuró la joven, apartándose de Dick, más calmada.

—Sí, pero... No tiene por qué ser esta noche. No tiene por qué ser cierto nada de aquello. Ya verás como no se produce nada de ello... por fortuna para todos.

—Dios lo quiera —comenzó a vestirse para salir de allí, mientras la lluvia batía fuertemente en todo el recinto ferial.

Poco después, estaba vestida. Dick asomó, en busca de vehículo. Había alquilado un coche gracias al dinero de Cyrus. Lo trajo hasta la puerta de la caseta, y recogió en él a la muchacha. Luego, enfiló hacia el centro de la ciudad.

Llovía con fuerza y persistían los truenos y relámpagos. Los regueros de agua corrían por el parabrisas, velando las imágenes alumbradas por los faros. Cruzaron el puente sobre el río. Las luces se hicieron más vivas ante ellos, haciendo reflejos en el metal mojado de la carrocería.

Dick se volvió para mirar a Samantha, que permanecía en silencio todo el tiempo, la mirada fija ante sí. Extrañado, la interpeló:

—Samantha... ¿Qué te ocurre? ¿Te preocupa algo? La respuesta de ella llegó como un lejano mensaje: —Dick... Otra vez... Lo estoy viendo todo...

—¿El qué? —Se sobresaltó el joven Mansfield, reduciendo la marcha del coche.

—Todo... La noche, la lluvia, los relámpagos... La estatua rota junto a los setos, el ánfora volcada... ¡Y ella! ¡La mujer! ¡No soy yo, Dick! ¡Pronto, por el amor de Dios! ¡Acelera! ¡Cambia de ruta! ¡Vamos a la mansión de los Mansfield!

Se había vuelto hacia él, pálida y crispada. Sus grandes ojos verdes eran dos cimas inaccesibles, llenas de secretos y de terror.

—Samantha, ¿ahora? ¿Pero qué ocurre para que...?

—¡Dick, tienes que correr! ¡*Está ocurriendo* ahora!

¿Lo entiendes? ¡Ahora! Una mujer muere... ¡Y no soy yo! ¡Aún no soy yo! ¡Tienes que salvarla...!

Dick no se hizo repetir la indicación angustiada de la joven. Viró bruscamente, pisó el acelerador, y se lanzó hacia la carretera del

lago. Trató de preguntar a Samantha:

—¿Puedes... puedes ver su rostro? ¿Sabes quién es ella?

—La veo... la veo turbiamente... Es el jardín de la mansión, Dick...

—Cierto —asintió él, tenso, sudoroso—. Hay estatuas griegas en él. Y ánforas de bronce junto a los setos de la parte posterior... Dios mío, si lo hubiera sabido antes...

La lluvia caía con insistencia, dificultando la marcha del coche. Aun así, Dick aceleraba cuanto le era posible, con riesgo de sus propias vidas. Momentos más tarde, enfilaba el sendero vecinal que conducía a la casa. Un relámpago iluminó el cielo violentamente. El automóvil alcanzó la casa y penetró como una exhalación a través de la puerta de barrotes, abierta al tránsito.

Apenas se detuvo ante el edificio, hizo sonar repetidamente el claxon, a la vez que corría, llevando a Samantha por la mano, en dirección a la parte del jardín que ella había «visto» mentalmente.

—¿Qué ocurre ahí abajo? —tronó una voz en un balcón.

—¡Pronto, tío Warren! —llamó Dick, al identificar la cabeza canosa de su tío—. ¡En la parte de atrás del jardín! ¡En los setos! ¡Creo que hay otra víctima! ¡Bajad todos!

Se encendieron más luces en la fachada. Hubo movimiento, carreras y voces. Dick encendió unos faroles del jardín, moviendo un interruptor, cerca del garaje. A su lado, Samantha jadeaba, tal era la carrera bajo la lluvia.

No hicieron falta los faroles. Un nuevo relámpago iluminó todo nítidamente, con fulgor cárdeno, al tiempo que estallaba el trueno. Samantha gritó, horrorizada, refugiándose en brazos de Dick.

Aquella claridad reveló la hilera de setos, la estatua abatida, partida en dos, el ánfora de bronce volcada... Todo, junto a un cuerpo sin vida, tendido sobre la gravilla, mojada de agua y de sangre.

El cuerpo de una mujer joven, bonita, encantadora...

El cuerpo de Carrie Mansfield, la hermana de Scott.

## CAPÍTULO IX

—¡Carrie! ¡No, no es posible!...

Era Rhonda Bishop, la prometida de Cyrus, quien había exhalado ese grito ronco y dolorido, antes de romper en llanto.

Pero sí era posible, desgraciadamente. Carrie Mansfield era la cuarta víctima del monstruo. Un profundo corte en su garganta, había terminado con su vida. Anonadados por la tragedia, Warren y su sobrino Scott, así como Dick y Cyrus, permanecían inmóviles, mirándose entre sí, demudados. Los ojos vacíos de luz y de vida de Cyrus Mansfield parecían querer calar en las almas, tratar de ver algo más que simples imágenes.

El abogado Nicholas Thorndyke, siempre severo y taciturno, permanecía en pie, las manos a la espalda, junto al ventanal tras el cual corría la lluvia. El capitán Carpenter procedía, con sus hombres, al traslado del cadáver a una ambulancia. El rostro del policía tenía un tono ceniciento.

—Hubo un error en la visión de Samantha —dijo lentamente Dick Mansfield—. Ella creyó verse a sí misma, muerta en el jardín. Lo cierto es que no fue así. Era otra persona quien murió en las circunstancias que ella captó con antelación. Lo vio todo, tal como ha sucedido.

—Menos al asesino —apuntó secamente Warren Mansfield.

—Menos al asesino, sí —confirmó Dick con tono abstraído—. Pero estoy seguro de que terminará por identificarle. Sólo ella puede lograrlo, estoy convencido de ello.

—Entonces, es un peligro que permanezca aquí, en la cosa —apuntó Cyrus—. Parece que, como tú dijiste, Dick, hay un asesino entre nosotros.

—Sí, eso parece —admitió con acritud Thorndyke, estirando más

su severo rostro—. Pero ¿quién? ¿Qué se gana con toda esta serie de absurdos asesinatos?

Un silencio absoluto acogió sus palabras. Scott Mansfield alzó un rostro lívido de ira y de dolor, por el que corrían algunas lágrimas. Miró con odio a Dick.

—Todo empezó cuando tú llegaste —acusó con aspereza—. Trajiste la desgracia a esta casa.

—Calma, calma —cortó Cyrus, enérgico, tabaleando sobre los brazos de su sillón—. Scott, no acuses de nada a nadie. No se trata de infortunios ni de buena o mala suerte. Se trata de que alguien está matando a muchas personas en esta ciudad. Y, sobre todo, en esta casa. Que todo se desencadenase con la presencia de Sheena y Dick aquí, no significa nada. Al menos, no creo que lo signifique. ¿Y tú, Dick?

—No sé qué pensar, Cyrus. Lo cierto es que todo empezó en ella... Su muerte sólo me beneficiaba a mí. Pero la de Munro no me hacía ningún beneficio. La de Kerr, pudo ser una venganza mía, de ser yo el culpable, pero luego tenemos la muerte de Carrie, que es otro absurdo porque su desaparición no beneficia a nadie. En suma, nadie tiene motivos para matar, en apariencia. ¿Por qué matar a Sheena, a Munro, a Kerr, a Carrie...? Es todo un puro disparate.

—Aparentemente, así es —conformó Warren, ceñudo, acercándose a ellos—. Pero nadie mata por capricho, a menos que esté rematadamente loco.

—Esto no es obra de un loco —rechazó fríamente Thorndyke—. Podría jurarlo.

—Yo también, abogado —confirmó Dick, cuyo brazo rodeaba a Samantha con fuerza y aire protector—. Un móvil siniestro y extraño guía los pasos del asesino, sea él quien sea.

Si yo hubiera muerto, ¿qué sucedería?

—Supongo que alguien se beneficiaría —comentó con sequedad el abogado.

—Cierto. Y hay que contar con que pude haber muerto en el fondo del río. En cuyo caso, tendríamos que la fortuna de mi esposa ya no iría a mis manos, como esposo suyo que soy. Y como no tuvimos hijos... ese dinero revertiría en los Mansfield, lógicamente.

—Eso me hace sospechoso número uno —dijo con amarga ironía Cyrus—. Somos hermanos, Dick. Soy tu heredero más directo.

—Cierto —sonrió también tristemente Dick—. Pero yo tenía un gran aprecio a Carrie. Siempre se lo tuve. Ella no tenía nada, como tampoco lo tiene Scott, ya que sus padres murieron sin una gran fortuna, y viven cómodamente gracias a ti, Cyrus. Por eso, antes de casarme, hice testamento una vez medio en broma medio en serio. Pero el testamento es válido aún. Y el señor Thorndyke puede decirnos lo que yo disponía en él. Vamos, abogado, le autorizo a ello.

—Bien... —carraspeó el abogado—. Lo cierto es que Richard lega todos sus bienes, si algo le sucede... a Carrie Mansfield.

—¡Dios del cielo! —Se agitó Cyrus, poniéndose en pie bruscamente—. Eso no lo sabíamos ninguno, Thorndyke...

—Yo no podía revelarlo si él no me autorizaba —se excusó el abogado—. Es secreto profesional amigo mío.

—Pero..., pero eso quiere decir que Carrie... era rica, muriendo Dick y su esposa. Ella lo heredaba absolutamente todo.

—Exacto. Y ahora, muerta ella, si yo hubiese muerto antes, Scott lo heredaría todo —apuntó Dick fríamente—. Curioso juego, ¿no?

—Enloquecedor —masculló Warren—. Como eso no ha sucedido, todo sigue igual. Tú sigues siendo el único heredero de tu mujer, y tu fortuna es exclusivamente tuya, en tanto no te ocurra algo también a ti.

—Exacto —afirmó tristemente Dick—. En tanto no me ocurra algo también a mí. Lo cual puede suceder en cualquier momento, tío Warren, si esta locura sangrienta sigue adelante...

\* \* \*

Dick Mansfield se puso en pie.

Buscó cigarrillos y encendió uno, paseando por su apartamento. No podía conciliar el sueño. Sus pensamientos le torturaban con creciente intensidad. Aquella demencial cadena de crímenes le obsesionaba, hasta el punto de no permitirle dormir.

Fumó en silencio, sin dejar de pasear de arriba abajo. Miró a la calle. Había cesado de llover, y las luces de las calles pintorescas del Barrio Francés prestaban un aspecto brillante a los edificios porcheados y los viejos balcones. Más allá, Bourbon Street palpitaba de vida nocturna.

Hubiera podido salir a beber algo, a tratar de olvidar, pero no se

sintió con ánimos para ello. Tal vez no serviría de nada buscar a una chica cualquiera, para beber con ella un trago. Había cosas más graves que ocupaban su mente. Quizá fuera que se estaba haciendo viejo, pensó.

Agotó el cigarrillo, y se dispuso a dormir. En ese momento sonó el teléfono.

Sorprendido, se encaminó al mismo, mientras el timbre insistía. No esperaba llamada alguna a aquellas horas y, tal como estaban las cosas, lo único que podía esperar eran malas noticias.

Descolgó:

—Dick Mansfield —dijo—. ¿Quién llama?

—¡Dick! —Sonó una voz excitada—. ¡Dick, soy yo!

—¡Samantha! —exclamó él, sorprendido gratamente—. ¿Ocurre algo?

—Dick, acaba de ocurrir...

—¿Ocurrir? —se alarmó—. ¿El qué?

—La ventana... Se ha abierto del todo.

—¿La ventana?

—Sí. La que asomaba a la noche del presente y del futuro. Sólo veía tinieblas. De pronto... todo se aclaró. Ya veo, Dick... ¡Veo la verdad, veo todo!

—Pero... ¿qué quieres decir?

—¡Dick, lo sé! ¡Sé *quién* les mató a todos!

—¡Cielos, no!

—Acabo de verlo. Nítido, claro como el día... La sombra se aclaró, vi el rostro... ¡Su rostro! Pero..., pero sigo viendo la lápida, Dick... La lápida con mi nombre...

—Por el amor de Dios, Samantha, no sigas. No hables de eso. ¿Desde dónde me llamas?

—Aquí, junto a mi remolque, en el aparcamiento, hay un teléfono público. No podía dejar de decírtelo...

—Está bien. Ven aquí, a mi casa. Toma un taxi, no pierdas tiempo. Reúnete conmigo. O si lo prefieres, voy yo allá. Pero será más rápido así. Toma un taxi, tal como estás. Y ven enseguida... ¡Tienes que venir y reunirme conmigo, no corras riesgos!

—Sí, Dick, voy inmediatamente...

—Samantha... ¿Quién... quién es él? Sólo eso. Y luego, ven hacia acá...

—Sí, Dick. El es...

Un brusco golpe, un corte, un grito ronco, un impacto sordo. Y nada más.

—¡Samantha! —aulló Dick, palideciendo, apretando con rabia el teléfono—. ¡Samantha, responde!

No hubo respuesta. Sólo el silencio. Luego, alguien colgó el teléfono. Sonó un seco «clic» final. Y se cortó la comunicación.

Dick, rápidamente, descolgó. Marcó el número de la policía sin perder momento. Sus dedos temblaban.

En cuanto estuvo en línea el capitán Carpenter, le apremió con voz ronca:

—¡Capitán, pronto! ¡Envíe coches patrulla al aparcamiento de remolques de la feria! ¡Samantha me ha telefoneado! ¡Se ha cortado la línea, y temo lo peor! ¡Ella sabe quién es el asesino! ¡Ha visto su rostro!

—Cielos... —La voz del policía sonó alterada—. ¿Qué cree que pasó?

—No lo sé, pero oí ruidos, golpes, una caída... Luego colgaron.

—Vamos para allá enseguida. ¿Viene usted aquí?

—No, no —negó Dick, febril—. Tengo un presentimiento. Iré a la mansión, a ver mis familiares. Si alguien falta ahora de allí..., ¡tendremos al asesino! Y Dios quiera que Samantha no sea la próxima víctima...

Colgó. En pocos momentos, estuvo conduciendo a través de la ciudad, vertiginosamente, para tomar luego la carretera del lago, y alcanzar la mansión de los Mansfield en cosa de pocos minutos, aun a riesgo de estrellarse por el camino.

Cuando llegó, había luces por doquier. Un terrible presentimiento le asaltó. Penetró como una exhalación, encontrándose al abogado Thorndyke y a Rhonda Bishop en pie, vestidos solamente con batas de seda. Aparecían pálidos y demudados. Uno de ellos telefoneaba a la policía.

—¿Qué sucede? —demandó imperiosamente.

—Oh, Dick, menos mal que ha venido usted —gimió la prometida de su hermano—. Se trata de Cyrus...

—¡Cyrus! —Encajó las mandíbulas—. ¿Qué le ocurre? ¿Ha sido él quien...?

—No, no está muerto. Aún no —jadeó ahora Thorndyke,

acercándose a él—. Pero lo estará en breve.

—¿Por qué dice eso? ¡Vamos, hable de una vez, abogado!

—Dick, ha habido otra víctima. Esta misma noche, hace unos momentos...

—Cielos, no... ¿Quién fue esta vez?

—Scott. El hermano de Carrie —informó Rhonda, son un sollozo.

—¡Scott!

—Le degollaron en su dormitorio. Debió suceder hace cosa de una hora. Luego..., luego oímos los gritos de Cyrus. Acudimos rápidamente, pero ya era tarde. Un coche se alejaba. Cyrus forcejeaba con alguien situado en su interior. Pero él es sólo un ciego, Dick. No puede hacer gran cosa. El coche arrancó. Se lo llevaron consigo...

—¿Quién? ¿Quién se lo llevó?

—¿Quién podía ser? —Manifestó tristemente el abogado—. No queda nadie más de la familia, Dick...

—¡Warren! —aulló Dick—. ¡Tío Warren!

—Sí, eso es... —Thorndyke meneó la cabeza, bajando la mirada como anonadado—. Es delirante, Dick. Todos muertos... Warren heredará todo, a menos que podamos probar que él raptó a Cyrus y mató a los demás...

—¡Hay que probarlo, pero eso no les devolverá la vida a los demás! —masculló Dick nerviosamente—. Y ahora... ahora ha ido a por Samantha, porque ella era un peligro. No podía imaginar que actuaba en el momento preciso. Samantha sabe ya quién es el asesino. Le vio en una de sus visiones... Ahora ha sido capturada, acaso asesinada ya...

Rhonda Bishop estalló en llanto ante las nuevas y terribles noticias. Dick se encaró con Thorndyke.

—¿Por qué no intentó perseguir a Warren? —le interpelló.

—Imposible, Dick. Ya lo intenté. Todos los coches tienen las ruedas pinchadas. Sabía lo que se hacía. Y lo malo es que no puedo asegurar nada. No vi a Warren. El podría afirmar que ambos fueron secuestrados y sólo él se libró de morir... Legalmente será muy difícil probar que él miente...

—¿Y qué importará ya eso, cuando no quede nadie con vida? —se lamentó Dick amargamente—. Cyrus, Samantha... Sólo quedan

ellos... ¡Hay que encontrarlos, sea como sea!

—Sí, pero ¿adónde pudo ir ese automóvil? No tenemos la menor idea, Dick...

—Si pudiera tener la facultad de Samantha... Si me fuera dado «ver» en la distancia, captar un mensaje de ella, intuir su paradero... —resopló Dick, vencido—. Pero, no, eso no puede ser. Es algo hereditario. Algo que se lleva en la sangre, en la mente. No se adquiere...

—Se equivoca, amigo mío —dijo Thorndyke lentamente—. No siempre se hereda.

—Quizá. Pero el caso de Samantha...

—El caso de Samantha no es hereditario —dijo el abogado.

—¿Cómo? —Dick le miró con sorpresa—. Es hija del Gran Magnus...

—No, Dick. Ella nunca fue hija del Gran Magnus.

—Pero ¿qué dice? —Se quedó Dick estupefacto.

—Lo que ha oído, muchacho. Ella, en realidad, es Carrie Mansfield. La verdadera Carrie Mansfield.

—¿Se ha vuelto loco, Thorndyke? —balbuceó Mansfield, estupefacto.

—Jamás estuve más cuerdo en mi vida, amigo mío. Yo tramité esa adopción, ese cambio de identidades, por exigencias de Désirée Mansfield. Su marido sospechaba que Carrie, su hijo más joven, era producto de un amor infiel de su mujer, y él era un psicópata peligroso cuando actuaba bajo el influjo de los celos. Por ello, de mutuo acuerdo con un artista egoísta, ambicioso y alcohólico, cambiaron sus hijas respectivas. Así, Désirée creía proteger a su amada hija Carrie de todo peligro. Si algo le sucedía a la niña, sería Samantha Carradine quien sufriera, no Carrie. Pero Désirée murió, junto con Malcolm, sin duda a causa de un ataque de éste, y el secreto siguió adelante para el resto del tiempo.

—Pero usted... usted lo sabía... —masculló Dick.

—No. Yo sólo lo sospechaba. Hoy lo comprobé, al encontrar unos documentos en poder de Carrie. Ella los había encontrado, sin duda, entre las cosas de su madre, descubriendo el secreto antes de morir. Secreto que el asesino ignoraba, y que le hizo matar a quién creía era Carrie Mansfield.

—De modo que Samantha... es Carrie, mi prima —dijo

Mansfield, saliendo de su estupor.

—Exacto, amigo mío. Así es..., aunque eso de poco sirva ahora, puesto que piensan matarla del mismo modo.

—Y ahora, todo está claro. Carrie, Cyrus, Scott, yo, Sheena... El dinero de Sheena irá a parar a manos del último Mansfield, junto con la fortuna de la familia... Es decir, al asesino. A mi tío Warren...

—Sí, eso parece. Munro debió descubrir algo, y por eso le mataron. Kerr intentaría un chantaje, quizá porque Sheena sospechó algo y se lo reveló... Y murió a su vez. Pero aún queda usted, Dick. Podrá enfrentarse al asesino y disputarle ese dinero...

—¡Dinero! ¿Qué me importa eso a mí? ¡Yo quiero salvar a Samantha, es decir, a Carrie! Ahora comprendo muchas cosas... Lo que quiso decirle el viejo adivino... Lo que Samantha —o Carrie— siente dentro de sí.

Y el destino extraño que nos han unido a los Mansfield. El destino...

Dick entornó sus ojos. Se estremeció. De repente, era como si algo, una visión lejana, se materializase en su mente.

—¡Es ella! —jadeó—. ¡La veo! ¡Van en un coche...! ¡Ella y dos hombres...! ¡Veo la carretera! ¡La milla ciento diez... hacia Baton Rouge! ¡Al desvío seis, hacia la derecha! ¡Entran por allí!

Se precipitó como un loco hacia el teléfono. Llamó a Homicidios. Le conectaron con el radioteléfono de Carpenter. Éste escuchó su informe, asombrado.

—Está bien —dijo—. Hay helicópteros de la policía por esa zona. Des avisaré para que concentren la búsqueda en ese ramal. Usted puede venir hacia acá... Le esperaré en esa carretera del desvío seis...

Dick no esperó a más. Colgó, y se precipitó a la carrera, fuera de la casa. Poco después, su coche rugía, lanzado como un bólido carretera adelante...

## CAPÍTULO X

El helicóptero flotaba sobre un punto de la ruta cuando Dick detuvo su coche, y dándole un vuelco el corazón, descubrió a Carpenter y una nube de policías en torno a una cuneta.

Se precipitó hacia ellos, sabiendo que iba a escuchar lo peor. Y sabiendo, también, que no podría contenerse y se lanzaría sobre su tío Warren, seguro superviviente de algún fingido accidente, como una centella. Quizá, incluso, le mataría. Era capaz de matar, por vengarse de lo ocurrido a Samantha. O a Carrie...

—Cálmese, Dick —le detuvo Carpenter, yendo a su encuentro—. Ya está todo arreglado. No tema nada.

—¿Samantha...? —preguntó Dick, con un hilo de voz.

—Vive. Está inconsciente, pero vive. Se recuperará...

—¿Y... Cyrus, mi hermano?

—Vive también, Dick —asintió el policía.

—Dios sea loado. Warren... mi tío Warren... Supongo que vive también...

—Sí, también —asintió el policía, mirándole curiosamente.

—¡Es el asesino, capitán! ¡El mató a toda la familia para ser dueño de la fortuna de los Mansfield y de la de mi esposa!

—Dick, su afirmación no está de acuerdo con la de Samantha... Y debo creerla más a ella que a usted, en este caso. A pesar de sus raras dotes de adivino que demostró por una vez.

—¿Qué dice? ¿Samantha ha hablado?

—Antes de perder el conocimiento, sí. El coche volcó, y tiene heridas no muy serias. Me dijo quién era el asesino. Y se desvaneció. Ya lo he comprobado. Ella tuvo razón. Ah, por cierto... Samantha sabía ya que usted había captado de algún modo su mensaje telepático. Estaba segura de que si sus mentes estaban tan

unidas como sus almas y sus cuerpos, usted captaría esa llamada, recibiría su mensaje mental...

—Y así ha sido... —Dick, roncamente, preguntó luego—. Pero..., ¿qué ha dicho ella? ¿De qué persona habló... como culpable de esos crímenes horribles, capitán?

—De esa persona, Dick. Lo siento, pero... era él. Resulta increíble a primera vista, pero ahí tiene usted al asesino.

Atónito, sin dar crédito a sus ojos, Dick Mansfield vio venir hacia él, esposado, con una nueva y rara luz que él desconocía, asomando a sus ojos grises... a su hermano ciego. A Cyrus Mansfield.

\* \* \*

—¡Cyrus! No puedo creerlo todavía, capitán...

—Escuche, Mansfield. Como detective aficionado, lo hizo usted bastante bien —respondió el policía—. Pero yo soy profesional, y Cyrus no era hermano mío. De modo que traté fríamente el asunto. Pedí informes a un tal doctor Müller, a Suiza. Y supe que en la última operación, su hermano SI había recuperado la visión, aunque representó muy bien, de allí en adelante, su papel de ciego.

—Pero... ¿por qué?

—También eso lo investigué. Y supe que sus cuentas corrientes no eran tan grandes como imaginábamos. Malas inversiones, bajas en la bolsa, negocios fallidos. La fortuna se hundía. Le quedaba muy poco. Y trató de obtener más. Entonces concibió la diabólica idea de deshacerse de TODOS los Mansfield, para quedarse con el dinero de Sheena, su esposa. Debía morir ella, usted... y alguno más. Pero las cosas se le complicaron. Su administrador, Munro, descubrió la grave situación estudiando las contabilidades, y tuvo que morir, pues eso le hubiera presentado como sospechoso. Luego, Kerr le quiso chantajear, porque Sheena había descubierto también su ruina, Kerr pensó que tal vez un ciego podía ser también un criminal. No se equivocó, pero eso le fue fatal. Los demás, debían morir ya, para que sólo quedara él, y apoderarse de todo. Para no despertar sospechas, tenía ya su plan perfecto. Fingir, en una treta final, que era raptado por Warren. ¿Quién sospecharía lo contrario, que un ciego raptaba a un hombre fuerte y vigoroso como su tío

Warren? Luego, despeñaría el coche, y él saldría con vida, milagrosamente, muriendo el «malvado» Warren en el accidente provocado. Un juego perfecto, pero que Samantha destruía con sus facultades especiales, evidentemente. Por eso la buscó para matarla, muy oportunamente por cierto.

Dick aferró una mano de Samantha-Carrie, que asistía a la escena, tras haber sabido que su identidad real era muy otra, y sonrió alentador.

—Pero el destino no se cumplid. Samantha —quiero decir Carrie —, provocó antes el accidente, al parecer, cayeron a una cuneta no muy honda... y la policía llegó a tiempo.

—Gracias a tu poder telepático de captación —sonrió ella.

—No. Gracias a tus fuerzas mentales, querida.

—Olvida eso. Ahora sé que no se heredan esas cosas, sino que se desarrollan por medio de ejercicios, a poca facultad que se tenga... No quiero volver a oír hablar de prodigios semejantes, Dick. Además, he vencido al destino. No vi la realidad.

—En realidad, viste parte de la verdad. Hay una lápida ahora con el nombre de Samantha Carradine. Pero es otra mujer quien reposa allí. La que conocimos como Carrie Mansfield.

Ella se inclinó. Besó a Dick. Y él a ella.

El capitán Carpenter se incorporó, dejando a los dos jóvenes en la habitación de la clínica, tras una despedida cordial.

Después de todo, ellos merecían ahora quedarse solos y hablar de sus cosas. Se habían ganado ese derecho sobradamente.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.